

"LAS PARÁBOLAS DEL MAESTRO"

*UN COMENTARIO SOBRE LAS PARÁBOLAS DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO EN EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO.*



Pr. Joaquín Yebra.

Unas palabras de advertencia:

Como tenemos por costumbre, evitamos usar el Tetragrama substituyéndolo por el Señor.

En algunos casos, como en las voces "Jerusalem" y "Adam", empleamos la ortografía castellana antigua, con la terminación en "eme", más cercana al original.

Todas las citas bíblicas están tomadas de La Santa Biblia Reina-Valera, revisión de 1960, publicada por las Sociedades Bíblicas Unidas.

Vallecas-Villa, Madrid, Enero de 2002.

PREFACIO:

Todas las palabras de la Biblia son útiles para el discípulo. Tratar de destacar algo siempre lleva consigo minimizar la importancia del resto del conjunto; nada más lejos de mi intención al decir que las parábolas constituyen una de mis lecturas favoritas.

Cada vez que leo y releo alguna de ellas encuentro algo nuevo y maravilloso. Seguramente mi forma de enseñar ha sido modelada a la luz de tan genial sistema. Cuando apenas balbuceaba mis primeras clases particulares para poder pagarme los estudios, como muchos de los universitarios de mi época de estudiante, recibí el "tremendo" encargó de enseñar en la Escuela Dominical de Jóvenes de mi amada Eben-Ezer. Entonces cayó en mis manos un ejemplar de **"Lecturas Bíblicas, guías de trabajo para un curso bíblico"** de Carlos Mesters (seguramente me lo regaló mi pastor).

En uno de los capítulos de este entrañable libro se habla de las parábolas, y podemos leer la historia de un joven misionero que trataba de explicar en un poblado de la selva lo que era la corriente eléctrica. Les decía: "Es una fuerza que no se ve y que corre por unos hilos de cobre; cuando la gente los toca se quema..." Hablaba y hablaba pero nadie entendía nada "¿y cómo puede quemar algo que no se ve?" preguntaban, y "¿por qué el hilo no se hace más gordo cuando pasa la fuerza?" El joven estaba a punto de desistir cuando un chico gritó: "¡Ya está! es como las ortigas, unas queman y otras no, son casi iguales, pero las que queman llevan dentro una fuerza invisible que las otras no tienen". Entonces todos empezaron a asentir, y el pobre profesor pudo continuar.

El chico había proporcionado el gancho que ya existía en la cabeza de cada oyente y en la que el misionero sostuvo la nueva idea.

Esta historia fue a su vez el despertador que sonó en mi cabeza y me enseñó a enseñar.

Lo más difícil de la docencia no es saber mucho, sino ser capaz de encontrar la frecuencia en que sintoniza el pensamiento del que escucha.

Jesús Maestro fue EL MEJOR. Con las parábolas fue capaz de explicar verdades trascendentes de una forma tan sencilla y amena que deslumbran hasta el día de hoy a cualquiera que se acerca a ellas.

Nos podemos imaginar a nuestro amado Señor andando hoy por cualquier calle de una de nuestras ciudades y diciendo: "El Reino de los Cielos es semejante a una oficina de empleo...". Claro, ahora los parados no se van a plaza. El Divino Maestro tomaría todo lo que pasa en nuestro entorno y lo utilizaría para extender el Reino. El autor del libro que tiene Vd. en sus manos pretende seguir al Señor y hace lo mismo.

Usamos internet, y lo que haga falta para participar en la preciosa tarea de dar conocer el Evangelio.

Lea estas páginas buscando sobre todo su utilidad; no es un tratado profundo sobre nociones complicadas. Le servirá como soporte para comprender la intención divina de la enseñanza de Jesús.

Dios le bendiga.

Andrés González. Marzo 2002

INTRODUCCIÓN:

Una parábola es una especie de símil ampliado o metáfora comparativa, extendida con propósito didáctico. Este es el caso de los "meshalim" (singular "mashal") que Jesús emplea para explicar su doctrina. Las parábolas difieren respecto a las fábulas en tres aspectos fundamentales: Primeramente, su contenido no suele ser de naturaleza fantástica, sino que se trata de situaciones que pueden ocurrir en la vida cotidiana; en segundo lugar, no se da la personificación de animales; y en tercer lugar, su propósito no es la enseñanza de verdades morales, sino espirituales y religiosas.

Se trata de un género habitual entre los rabinos, antes y después de nuestro Señor Jesucristo, si bien es cierto que su contextura experimentó una evolución paralela a la de otros géneros literarios. Originalmente, fue una sentencia enigmática o ilustración, muy semejante al proverbio (hebreo: "jidá"), pero ambos géneros se fundieron, ocupando la designación de "mashal" el lugar de toda historia, cuento, y relato breve de naturaleza parabólica. La propia esencia de la lengua hebrea, al igual que las demás de la familia semítica, tiende a la expresión simbólica y parabólica, por carecer de la capacidad de abstracción de los idiomas occidentales.

La raíz del término "mashal" es "mitad", como si se tratara de "verdades a medias"; es decir, medias historias en la que los oyentes hubiéramos de tejer la otra mitad del relato, aproximándolo a nuestra realidad contextual.

Las parábolas pueden ser breves, generalmente introducidas por el elemento comparativo, "El reino de los cielos es como...", o bien pueden alcanzar una mayor extensión, en cuyo caso se trata de una descripción de acontecimientos, reales o imaginarios, que pretenden transmitir una enseñanza más profunda o mejor pormenorizada.

La parábola como género literario es una comparación global, por cuanto toda la historia ilustra la verdad que pretende transmitir. Si la parábola es transmitida correctamente, permanecerá en el recuerdo de la audiencia con mayor profundidad que si se tratara de un largo y elaborado discurso, al que sólo suelen estar acostumbradas las personas de más profundidad intelectual. Esto se debe, fundamentalmente, al hecho de ser una historia muy condensada y compacta de una realidad que puede ser muy compleja. Por ser eminentemente concreta, sin abstracción de ningún tipo, la parábola es un género muy adecuado para la enseñanza a quienes no han recibido mucha instrucción formal. Bien compuesta y bien expuesta, resultará muy atractiva, captará la atención, y,

además, revelará las verdades espirituales en la proporción correspondiente a la capacidad de cada oyente. Con razón hay quienes ven en las parábolas hebreas algunos rasgos comunes con el mito platónico, empleado por muchos de los filósofos de la antigüedad para envolver sus pensamientos más hondos.

Sin embargo, el uso correcto de la parábola sirve para transmitir la enseñanza de la Palabra de Dios incluso a las mentes más cultivadas. Tenemos un caso muy significativo en la parábola que el profeta Natán compartió con el rey David, y que el Señor utilizó para tocar el corazón del rey y conducirlo a la confesión y arrepentimiento de su pecado:

"El Señor envió a Natán a David; y viniendo a él, le dijo: Había dos hombres en una ciudad, el uno rico, y el otro pobre. El rico tenía numerosas ovejas y vacas; pero el pobre no tenía más que una sola corderita, que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado y bebiendo de su vaso, y durmiendo en su seno; y la tenía como a una hija. Y vino uno de camino al hombre rico; y éste no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas, para guisar para el caminante que había venido a él, sino que tomó la oveja de aquel hombre pobre, y la preparó para aquel que había venido a él. Entonces se encendió el furor de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive el Señor, que el que tal hizo es digno de muerte. Y debe pagar la cordera con cuatro tantos, porque hizo tal cosa, y no tuvo misericordia. Entonces dijo Natán a David: Tú eres aquel hombre... ¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra del Señor, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Urías heteo heriste a espada, y tomaste por mujer a su mujer, y a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón... Entonces dijo David a Natán: Pequé contra el Señor. Y Natán dijo a David: También el Señor ha remitido tu pecado; no morirás." (2º Samuel 12: 1-7, 9, 13).

El uso de las parábolas fue en aumento en el curso del ministerio público de Jesús. Frente al empleo del género, por parte de otros maestros de la época, Jesús no utiliza figuras de oscuro significado, sino que todas ellas son tomadas del contexto inmediato y de la vida cotidiana. Jesús las construye en el momento preciso, no para emplearlas en otra ocasión, y su propósito es igualmente inmediato. Esto es de suma importancia cuando llega el momento de leerlas e interpretarlas.

El propio Señor Jesús explica la razón por la que escogió compartir muchas de sus enseñanzas en parábolas:

"Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Él respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos;

mas a ellos no les es dado." (Mateo 13:10-11). (Ver también Mateo 13:10-17; Marcos 4:10-12; Lucas 8:9-10).

"Todo esto habló Jesús por parábolas a la gente, y sin parábolas no les hablaba; para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: Abriré en parábolas mi boca; declararé cosa escondidas desde la fundación del mundo." (Mateo 13:34-35; Ver también Salmo 78:2; Marcos 4:33-34).

La cita que Jesús hace del Salmo 78:2 está tomada directamente del texto hebreo. No concuerda exactamente con la texto de los LXX (Septuaginta). Conviene aquí tener presente que el Salmo 78 es un resumen de la historia de Israel, desde el Éxodo hasta el reinado de David. Este aspecto nos muestra el sentido amplio de las parábolas, tal y como nuestro Señor a veces las emplea.

Jesús denomina "misterios" a las enseñanzas más profundas del reino de Dios. El apóstol Pablo sigue esa tradición mística respecto a tres asuntos fundamentales:

El misterio de la predicación del Evangelio a los gentiles:

"Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles; si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder. A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas." (Efesios 3:1-9).

El misterio de la doctrina de la resurrección:

"He aquí os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados." (1ª Corintios 15:51).

El misterio de la conversión de los judíos:

"Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que

apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados." (Romanos 11:25-27).

Por muy familiarizados que estemos con las parábolas de nuestro Señor Jesucristo, siempre hallaremos en todas y cada una de ellas algo novedoso para nuestra vida.

Si somos observadores, comprobaremos también que no es posible ni añadir ni quitar una sola palabra de ellas con el afán de mejorarlas.

Hemos escogido el relato de Mateo porque la versión en el griego helenista o koiné que ha llegado a nuestras manos es una fiel reproducción de una versión hebrea o aramea original, realizada por el propio Mateo o por algún otro discípulo. El testimonio de la existencia de ese relato original en la lengua aramea nos ha llegado de Papías, a principios del segundo siglo, quien afirma que "Mateo ordenó los oráculos –dichos de Jesús– en la lengua de los hebreos". Luego, Ireneo nos dice que "Mateo, entre los hebreos, difundió un relato del Evangelio en su propio idioma". Pantenos, según Eusebio, fue a predicar la Buena Nueva a la India, y allí encontró un ejemplar del Evangelio Hebreo según San Mateo que el apóstol Bernabé había llevado consigo. De siglos posteriores nos llegan los mismos testimonios de las plumas de Orígenes, Eusebio, Jerónimo y muchos otros.

Con la destrucción de Jerusalem y la diáspora de los judeo-cristianos o judíos mesiánicos por todos los rincones del imperio, desapareció este Evangelio original, siendo reemplazado por la traducción helenista que todos conocemos. El prefacio del Evangelio según San Lucas, en el que se nos dice que "muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas", es una clara evidencia de la existencia de relatos evangélicos más o menos completos que desaparecieron, dando lugar a los Evangelios canónicos que han llegado a nuestras manos.

LA SAL DE LA TIERRA.

"Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres." (Mateo 5:13).

La sal era muy apreciada en la antigüedad. De su nombre latino nos ha llegado la palabra "salario", que entre los romanos hacía referencia a la cantidad de sal que recibía cada soldado en campaña para conservar la carne, para curar sus heridas y para añadirla al agua en que aliviar las rozaduras e hinchazones de sus pies.

Jesús emplea esta figura tomando el elemento de la sal del contexto inmediato. No había escasez de sal en la Palestina de la época que estudiamos, especialmente en la zona del Mar Muerto.

La sal es fundamental para la vida. Sus grandes virtudes son conservar y sazonar. En una época muy anterior a la disponibilidad del frío artificial, los pescados, las carnes e incluso la fruta se conservaban en sal. Existía en Palestina, al igual que en el resto de la cuenca mediterránea, toda una industria de salazones y salmueras. De ahí que en la antigüedad fuera tenida por portadora de la fuerza vital.

Los romanos ponían un poco de sal en los labios del recién nacido como señal de protección. Y entre los padres de la Iglesia hallamos a Jerónimo, quien decía que Cristo es "la sal celestial".

En las páginas del Antiguo Testamento hallamos muchos textos en los que la sal hace acto de presencia:

"Y sazonarás con sal toda ofrenda que presentes, y no harás que falte jamás de tu ofrenda la sal del pacto de tu Dios; en toda ofrenda tuya ofrecerás sal." (Levítico 2:13).

"Todas las ofrendas elevadas de las cosas santas, que los hijos de Israel ofrecieren al Señor, las he dado para ti, y para tus hijos y para tus hijas contigo, por estatuto perpetuo; pacto de sal perpetuo es delante del Señor para ti y para tu descendencia contigo." (Números 18:19).

"Y los hombres de la ciudad dijeron a Eliseo: He aquí, el lugar en donde está colocada esta ciudad es bueno, como mi señor ve; mas las aguas son malas, y la tierra es estéril. Entonces él dijo: Traedme una vasija nueva, y poned en ella sal. Y se la trajeron. Y saliendo él a los manantiales de las aguas, echó dentro la sal, y dijo: Así ha dicho el Señor: Yo sané esta agua, y no habrá más en ellas muerte ni enfermedad. Y fueron sanas las aguas hasta hoy, conforme a la palabra que habló Eliseo." (2º Reyes 2:19-22).

"¿No sabéis vosotros que el Señor Dios de Israel dio el reino a David sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos, bajo pacto de sal?" (2º Crónicas 13:5).

"Cuando acabes de expiar, ofrecerás un becerro de la vacada sin defecto, y un carnero sin tacha de la manada; y los ofrecerás delante del Señor, y los sacerdotes echarán sal sobre ellos, y los ofrecerán en holocausto al Señor." (Ezequiel 43:24).

En todos estos textos, la sal es figura de lo perdurable y de lo purificador; el ingrediente que aporta la cualidad que, de no estar presente, produciría deterioro y corrupción. Pero la sal también es figura de aquello que es irremplazable, para lo cual no existe sustituto en absoluto.

Al nacer, los niños eran frotados con sal como medida terapéutica, para evitar infecciones. En un texto profético de Ezequiel, respecto a la infidelidad de Jerusalem, se nos describe la manera de actuar al producirse un alumbramiento:

"Y en cuanto a tu nacimiento, el día en que naciste no fue cortado tu ombligo, ni fuiste lavada con aguas para limpiarte, ni salada con sal, ni fuiste envuelta con fajas." (Ezequiel 16:4).

La sal es, pues, el signo del carácter inviolable e inquebrantable de la Alianza de Dios.

El sentido destructivo de la sal se encuentra también en el testimonio que nos llega en el libro de los Jueces:

"Y Abimelec peleó contra la ciudad todo aquel día, y tomó la ciudad, y mató al pueblo que en ella estaba; y asoló la ciudad, y la sembró de sal." (Jueces 9:45).

De ahí que, además del poder vital, la sal represente igualmente la muerte producida por el juicio divino:

"Y dirán las generaciones venideras, vuestros hijos que se levanten después de vosotros, y el extranjero que vendrá de lejanas tierras, cuando vieren las plagas de aquella tierra, y sus enfermedades de que el Señor la habrá hecho enfermar (azufre y sal, abrasada toda su tierra; no será sembrada, ni producirá, ni crecerá en ella hierba alguna, como sucedió en la destrucción de Sodoma y de Gomorra, de Adma y de Zeboim, las cuales el Señor destruyó en su furor y en su ira); más aún, todas las naciones dirán: ¿Por qué hizo esto el Señor a esta tierra? ¿Qué significa el ardor de esta gran ira? Y responderán: Por cuanto dejaron el pacto del Señor, el Dios de sus padres, que él concertó con ellos cuando los sacó de la tierra de Egipto." (Deuteronomio 29:22-25).

La palabra de verdad que como discípulos de Jesucristo hemos de llevar a todos los rincones del mundo, nos convierte en sal de la tierra. Sin embargo, si perdemos el sabor de la sal, nuestra misión quedará frustrada.

Ahora bien, ¿qué es ese sabor? La respuesta nos parece hallarse en el texto del Evangelio según Marcos:

"Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal. Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros." (Marcos 9:49-50).

La paz y la sal van unidas en estas palabras clarificadoras de nuestro bendito Salvador. Si no hay paz entre los discípulos, la palabra anunciadora del Evangelio carecerá de la fuerza vital representada por la sal. Del mismo modo, la ausencia de la sal

significa que los discípulos estaremos expuestos a toda clase de corrupción.

En los escritos apostólicos también encontramos la referencia a la sal en la vida del cristiano:

"Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno." (Colosenses 4:6).

LA LUZ DEL MUNDO.

"Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbrad vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." (Mateo 5:14-16).

La luz manifiesta todas las cosas. Es la expresión por excelencia de lo inmaterial, y, por consiguiente, simboliza muy adecuadamente la naturaleza o esencia de Dios. De ahí que las luminarias siempre se hayan asociado a la presencia o al culto a la Divinidad:

"Muchos son los que dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? Alza sobre nosotros, oh Señor, la luz de tu rostro." (Salmo 4:6).

"Bendice, alma mía, al Señor. Señor, Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia. El que se cubre de luz como de vestidura. Que extiende los cielos como una cortina." (Salmo 104:1-3).

"Él revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz." (Daniel 2:22).

"El bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible." (1ª Timoteo 6:15-16).

"Y no vi en ella –la Nueva Jerusalem celestial- templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera." (Apocalipsis 21:22-23).

La luz expresa también la propia vida del ser humano. De ahí la perifrasis de "dar a luz" o "ver la luz" para referirnos al acto del nacimiento.

Las Escrituras muestran que la luz verdadera es independiente del resplandor de los cuerpos celestes. Y no sólo esto, sino que sobre la luz pronuncia el Señor el primer juicio de valor:

"Y dijo Dios: Sea la luz, y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena." (Génesis 1:3-4).

A diferencia de los maniqueos, quienes enseñaban que el mundo y la humanidad nacieron de la mezcla de las tinieblas y la luz, por lo que la redención de los hombres consistía en la liberación de los elementos luminosos de entre las tinieblas, las Sagradas Escrituras nos muestran la redención como el acto iluminador de Dios en Cristo por medio del Espíritu en el corazón –la conciencia- del hombre pecador. Así lo enseña el apóstol Pablo:

"Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo." (2ª Corintios 4:6).

En el libro de Isaías vemos que la luz está igualmente asociada a la persona y a la venida del Mesías:

"Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, tal como la aflicción que le vino en el tiempo que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles. El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos... Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz." (Isaías 9:1-2, 6).

En el Evangelio de Juan vemos el cumplimiento de la profecía de la luz mesiánica en la persona del Verbo encarnado:

"Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció." (Juan 1:9-10).

"El cual –Jesucristo- siendo el resplandor de su gloria –de Dios- y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas." (Hebreos 1:3).

"Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas." (Juan 3:19).

"Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él." (1ª Juan 1:5).

Jesús nos da una contundente declaración de ser Dios manifestado en carne en su manifestación como luz:

"Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida." (Juan 8:12).

"Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo." (Juan 9:5).

"Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz." (Juan 12:35-36).

"Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas." (Juan 12:46).

Cuando José y María suben al templo de Jerusalem para la presentación de Jesús, el anciano Simeón toma al niño en sus brazos y proclama el cumplimiento de la encarnación de la luz:

"Y he aquí había en Jerusalem un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel." (Lucas 2:25-32).

Ser la luz del mundo significa que como discípulos de Jesucristo somos portadores de la luz del Señor a todo el mundo. Así lo expresa el apóstol Pablo escribiendo a los Filipenses:

"Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprehensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo." (Filipenses 2:13-15).

"Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz." (Efesios 5:8).

Nuestro testimonio es comparado por el Señor a una ciudad asentada sobre un monte. El contexto parece apuntar a Judea, y no tanto a Galilea, pues en el norte de Palestina los pueblos estaban asentados en la llanura y en las faldas de las colinas, como en Filistea, mientras que en Judea ocupaban los altos de la

montaña, y los valles en Samaria. Da la impresión que Jesús estuviera pensando en Belén, más que en Nazaret.

La lámpara no se colocaba sobre la mesa, principalmente a causa de la carencia de mesas; piezas de mobiliario que sólo poseían los muy acomodados, por su influencia helenista. Frecuentemente, el candelero se colocaba sobre un pedestal, en alto, para que toda la estancia fuera iluminada. "Los que están en casa" es una clara referencia al pueblo de Israel, llamado a ser luz para las naciones, como una lámpara que ilumina el camino de acceso a los gentiles. Jesús cumple este propósito divino siendo encarnación del Dios de Israel y del Israel de Dios. Evidentemente, Jesús está invitando a sus discípulos a vivir en la luz para que los que se aproximen y vengan puedan ser alcanzados por ese resplandor.

El almud sería la medida de grano, habitual en la casa judía de la época, y que los romanos denominaban "modius". El simbolismo claramente apunta hacia el fruto bajo la luz.

LA LÁMPARA DEL CUERPO.

"La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántos no serán las mismas tinieblas?" (Mateo 6:22-23; Ver también Lucas 11:33-36).

No se conocían las velas de cera. De modo que las lámparas eran de aceite, generalmente de oliva. Solían ser de metal o barro, con una mecha de junco seco que se insertaba en la lámpara o simplemente flotaba en el aceite. Su forma era muy parecida a nuestras teteras.

En esta parábola, considerando su sentido emblemático, hemos de pensar que la lámpara a la que Jesús se refiere es el candelabro conocido como "menorá". El simbolismo está estrechamente ligado al de la luz, que acabamos de estudiar.

Las Escrituras contienen el hebraísmo del propio Dios como lámpara del hombre:

"Tú eres mi lámpara, oh Señor; mi Dios alumbrará mis tinieblas." (2º Samuel 22:29).

Mucho más frecuente es el simbolismo de la Palabra de Dios como lámpara y luz:

"Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino." (Salmo 119:105).

"Porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz." (Proverbios 6:23).

Incluso la vida del hombre es figurativamente presentada como lámpara de Dios:

"Lámpara del Señor es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón." (Proverbios 20:27).

La figura es también aplicada por nuestro Señor para referirse a nuestra necesidad de estar preparados para su segunda venida:

"Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles." (Lucas 12:35-37).

La luz, bajo la figura del candelero de seis brazos más la luz de la caña central, llegó a ser símbolo de Israel. El Señor le mostró a Moisés en la cumbre del monte Sinaí la figura del candelabro de oro que debería poner en el tabernáculo, y que después pasaría al templo de Jerusalem:

"Harás además un candelero de oro puro; labrado a martillo se hará el candelero; su pie, su caña, sus copas, sus manzanas y sus flores, serán de lo mismo. Y saldrán seis brazos de sus lados; tres brazos del candelero a un lado, y tres brazos al otro lado." (Éxodo 25:31-32; Ver también vv. 33-40).

"Y mandarás a los hijos de Israel que traigan aceite puro de olivas machacadas, para el alumbrado, para hacer arder continuamente las lámparas. En el tabernáculo de reunión, afuera del velo que está delante del testimonio, las pondrá en orden Aarón y sus hijos para que ardan delante del Señor desde la tarde hasta la mañana, como estatuto perpetuo de los hijos de Israel por sus generaciones." (Éxodo 27:20-21). (Ver también Levítico 24:1-4).

El profeta Zacarías nos da la interpretación del simbolismo del candelero: "Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de su sueño. Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él; y junto a él dos olivos, el uno a la derecha del depósito, y el otro a su izquierda. Proseguí y hablé, diciendo a aquel ángel que hablaba conmigo: ¿Qué es esto, señor mío? Y el ángel que hablaba conmigo respondió y me dijo: ¿No sabes qué es esto? Y dije: No, señor mío. Entonces respondió y me habló diciendo... Estos siete son los ojos del Señor, que recorren toda la tierra." (Zacarías 4:1-6, 10).

En el relato de la adoración celestial que hallamos en Apocalipsis, los siete ojos son representados como siete espíritus:

"Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios." (Apocalipsis 4:5).

La figura hace acto de presencia en la visión del Señor glorificado que se le concede a Juan:

"Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro... Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza." (Apocalipsis 1:12-13, 16).

"Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto." (Apocalipsis 2:1).

Anteriormente, el propio Señor Jesucristo glorificado es quien nos da la explicación del simbolismo de las estrellas y de los candeleros:

"El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias." (Apocalipsis 1:20).

En varias de las parábolas, Jesús emplea la figura de la lámpara o de la luz, como es el caso de la parábola de la moneda perdida, que nos da solamente Lucas en 15:8-10, y en la que se manifiesta el inmenso amor del Señor que busca y halla al hombre perdido en la oscuridad del pecado, para trasladarlo a la luz del reino del Señor. También en la parábola de las doncellas prudentes y de las insensatas, donde, como estudiaremos más adelante, se nos insta a la constante vigilancia en la espera del Señor.

Jesús no nos dice que el ojo sea una luz, sino una lámpara portadora de luz para el cuerpo. El ojo es la facultad espiritual que nos permite reconocer y recibir la luz de la verdad divina. No hay posibilidad de que el cuerpo pueda recibir luz alguna si el ojo está en oscuridad. Todo el contexto nos habla de la singularidad del servicio a Dios: No puede haber nada más que un tesoro, una fuente de luz y un solo Señor y Maestro. (Ver Mateo 6:19-24).

En el paralelo de Lucas 11:33-36, el contexto claramente apunta hacia la oscura percepción de los fariseos, la cual no les permite

reconocer a Jesús como Mesías, principalmente por causa de su actitud hacia el dinero:

"Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él -de Jesús-." (Lucas 16:13-14).

Jesús, como una lámpara de generoso desprendimiento, alumbraba a todos e inundaba de luz cada estancia y cada rincón. Y los fariseos quedaban deslumbrados y avergonzados.

La lámpara es figura de la entrega generosa que Dios nos hace al venir a estar entre nosotros como uno de nosotros, en un templo de carne. El Señor, que es luz, se da, y lo hace antes de ser solicitado. Él siempre toma la iniciativa generosa. Nunca nos da nada en lo que no se dé. Por eso les cuesta tanto a los egoístas y avaros aceptar el acto de la encarnación del Verbo.

LAS AVES, LOS LIRIOS Y LA HIERBA DEL CAMPO.

"Por tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: No trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal." (Mateo 6:25-34; Ver también Lucas 12:22-31).

La Biblia nos describe una serie de aves que hemos de considerar inmundas, y, por consiguiente, inadecuadas para la alimentación de los humanos:

"Y de las aves, éstas tendréis en abominación: no se comerán, serán abominación: el águila, el quebrantahuesos, el azor, el gallinazo, el milano según su especie; todo cuervo según su especie; el avestruz, la lechuza, la gaviota, el gavián según su

especie; el buho, el somormujo, el ibis, el calamón, el pelícano, el buitre, la cigüeña, la garza según su especie, la abubilla y el murciélago." (Levítico 11:13-19). (Ver también Deuteronomio 14:11-20).

En el Antiguo Testamento, las únicas aves limpias para los sacrificios al Señor eran las tórtolas y los palominos:

"Cuando pecare en alguna de estas cosas, confesará aquello en que pecó, y para su expiación traerá al Señor por su pecado que cometió, una hembra de los rebaños, una cordera o una cabra como ofrenda de expiación; y el sacerdote le hará expiación por su pecado. Y si no tuviere lo suficiente para un cordero, traerá al Señor en expiación por su pecado que cometió, dos tórtolas o dos palominos, el uno para expiación, y el otro para holocausto"(Levítico 5:5-7). (Ver también Levítico 12:6-8; Lucas 2:21-24).

Por Jeremías sabemos que se conocían las costumbres migratorias de algunas aves:

"Aun la cigüeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; pero mi pueblo no conoce el juicio del Señor." (Jeremías 8:7).

Y por el texto del profeta Amós sabemos que también se practicaba la caza de las aves con red:

"¿Caerá el ave en lazo sobre la tierra, sin haber cazador? ¿Se levantará el lazo de la tierra, si no ha atrapado algo? (Amós 3:5).

Los pájaros son símbolos de la libertad del reino del aire y de la luz. Son un ejemplo del cuidado de Dios al proporcionarnos el alimento, al igual que las flores lo son en el suministro de nuestro atuendo. En el hebreo bíblico no existe un término para "pájaro", sino que el término más próximo sería "sippor", que traducido literalmente sería "gorjeador". Esta debió de ser la palabra empleada por nuestro Señor Jesucristo para referirse a las aves del cielo.

Jesús estaría pensando en los gorriones, los más abundantes pájaros de su contexto, y respecto de los cuales sabemos por la versión que nos da Lucas que no eran muy valorados, por cuanto se vendían a muy bajo precio:

"¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Con todo, ni uno de ellos está olvidado delante de Dios. Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos." (Lucas 12:6-7).

Esto significa que nuestra vida no depende de un hilo, ni de muchos hilos, sino de la providencia divina. Jesús nos asegura

que estamos en las manos de Dios, quien nos conoce por nombre y nos ama con amor de padre y madre. Esto debería ser suficiente para que desaparecieran de nosotros todos los sentimientos de inferioridad y culpabilidad. No tenemos razón para sentirnos ni huérfanos, ni abandonados, ni olvidados. El barro del que estamos hechos es básicamente el mismo material del que están construidas las más brillantes estrellas.

Ahora bien, nada en este texto señala que el trabajo y el esfuerzo sean malos en sí mismos, sino la ansiedad como señal inequívoca de desconfianza en el Señor. Pecamos cuando bajo el pretexto de confiar en la providencia divina abandonamos nuestro deber, e igualmente caemos en el pecado cuando obramos afanosamente por desconfianza en las promesas del Señor. Lo que más aprecia el Señor del hombre es la confianza. Y lo que más dolor le produce es nuestra desconfianza, o cuando obramos de manera mercantilista, buscando la recompensa.

Respecto a la expresión "añadir a su estatura un codo", no debemos entenderla literalmente, pues el término "estatura" es el griego "elikían". Y aquí conviene tener presente que "elikía" es tanto estatura como "edad". Es decir, que el Señor aquí nos está diciendo que el hombre no puede añadir duración a su vida fuera de la voluntad divina:

"Hazme saber, Señor, mi fin, y cuánta sea la medida de mis días; sepa yo cuán frágil soy. He aquí, diste a mis días término corto. Y mi edad es como nada delante de ti, ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive. Ciertamente como una sombra es el hombre, ciertamente en vano se afana; amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá." (Salmo 39:4-6). (Ver también Lucas 2:52; 19:3; Juan 9:21, 23; Efesios 4:13; Hebreos 11:11).

Respecto a los lirios y la hierba del campo, son figuras que nuestro Señor toma del entorno de su ministerio. Palestina era tierra de flores y pastizales. El término griego "krína" corresponde a una serie de plantas como los gladiolos y las anémonas. Estas dos figuras –los lirios del campo y la hierba– apuntan hacia la primavera y la explosión de vida que siempre fue asociada a la esperanza de la resurrección. Al mismo tiempo, su efímera duración, particularmente después de haber sido cortadas, convierte a las flores en símbolo de la transitoriedad de la existencia del hombre en este mundo. El salmista contrasta la brevedad de la vida terrenal de los humanos con la inmensidad de la misericordia divina:

"El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció, y su lugar no la conocerá más. Mas la misericordia del Señor es desde la

eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen, y su justicia sobre los hijos de los hijos; sobre los que guardan su pacto, y los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra." (Salmo 103:15-18).

Cuando el pueblo de Dios olvida al Señor y su Palabra, se asemeja a una flor marchita, pero cuando es dirigido por un rey fiel al Señor, florece la justicia y la paz del Señor. La vinculación del hombre con Dios en la sumisión a la voluntad del Señor se simboliza frecuentemente como floración:

"¡Ay de la corona de soberbia de los ebrios de Efraín, y de la flor caduca de la hermosura de su gloria, que está sobre la cabeza del valle fértil de los aturdidos del vino!... Y será la flor caduca de la hermosura de su gloria que está sobre la cabeza del valle fértil, como la fruta temprana, la primera del verano, la cual, apenas la ve el que la mira, se la traga tan luego como la tiene a mano." (Isaías 28:1, 4).

"Florecerá en sus días justicia, y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna." (Salmo 72:7).

"Y Moisés habló a los hijos del Israel, y todos los príncipes de ellos le dieron varas; cada príncipe por las casas de sus padres una vara, en total doce varas; y la vara de Aarón estaba entre las varas de ellos. Y Moisés puso las varas delante del Señor en el tabernáculo del testimonio. Y aconteció que el día siguiente vino Moisés al tabernáculo del testimonio; y he aquí que la vara de Aarón de la casa de Leví había reverdecido, y echado flores, y arrojado renuevos, y producido almendras." (Números 17:6-8).

En las páginas del Nuevo Testamento vuelve a aparecer la figura de la flor para describir la transitoriedad de la vida del hombre, particularmente como enseñanza para que los ricos no pongan sus esperanzas en sus riquezas, sino que sean generosos y dadivosos:

"El hermano que es de humilde condición, glórese en su exaltación; pero el que es rico, en su humillación; porque él pasará como la flor de la hierba. Porque cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae, y perece su hermosa apariencia; así también se marchitará el rico en todas sus empresas." (Santiago 1:9-11).

"A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna." (1ª Timoteo 6:17-19).

Antiguos viajeros a Palestina, como el Dr. Thomson ("Land and Book") ("La Tierra y el Libro"), Stanley ("Sinai and Palestine In Connection With Their History") ("El Sinaí y Palestina en Relación con su Historia"), y Canon Tristram ("Natural History of the Bible") ("La Historia Natural de la Biblia"), identifican los lirios a los que Jesús alude con la "anemone coronaria", que todavía pueden hallarse al pie del monte Tabor, en su cara norte, y en las colinas de Nazaret, donde Jesús pasó su juventud.

LA PUERTA ESTRECHA.

"Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella.; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan." (Mateo 7:13-14; Ver también Lucas 13:24).

El simbolismo de la puerta es muy sencillo de entender. Nos habla de entrada, de acceso, de umbral. La figura es frecuente en las Sagradas Escrituras. Veamos algunos ejemplos:

"Ama el Señor las puertas de Sión más que todas las moradas de Jacob." (Salmo 87:2).

"Alaben la misericordia del Señor, y sus maravillas para con los hijos de los hombres. Porque quebrantó las puertas de bronce, y desmenuzó los cerrojos de hierro. Fueron afligidos los insensatos, a causa del camino de su rebelión y a causa de sus maldades; su alma abominó todo alimento, y llegaron hasta las puertas de la muerte." (Salmo 107:15-18).

"Se enlutó Judá, y sus puertas se despoblaron; se sentaron tristes en tierra, y subió el clamor de Jerusalem." (Jeremías 14:2).

"Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo. Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella. Y llamó el nombre de aquel lugar Bet-el -esto es, "casa de Dios"- aunque "Luz" -"almendro"- era el nombre de la ciudad primero." (Génesis 28:16-19).

En las grandes mansiones de oriente solía haber una gran puerta visible y conocida por todos, pero también había una pequeña entrada que sólo unos pocos conocían.

Nuestro Señor Jesucristo se presenta claramente como Camino al Padre, Puerta del Cielo y Casa de Dios:

"Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí." (Juan 14:6).

"Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos." (Juan 10:9).

Sólo Jesucristo es puerta a la Iglesia, pueblo de Dios, y por lo tanto a la salvación:

"Alguien le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. Después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta, y estando fuera empecéis a llamar a la puerta, diciendo: Señor, Señor, ábrenos, él respondiendo os dirá: No sé de dónde sois. Entonces comenzarán a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste. Pero os dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad. Allí será el llanto y el crujir de dientes." (Lucas 13:23-28).

"Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo." (Hebreos 10:5).

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad... A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer." (Juan 1:1, 14, 18).

"Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre... ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?... Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí." (Juan 14:9-11).

"Porque en él –en Jesucristo– habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad." (Colosenses 2:9).

"Y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo. Yo el Señor vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para que no fueseis sus siervos, y rompí las coyundas de vuestro yugo, y os he hecho andar con el rostro erguido." (Levítico 26:11-13).

"Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará." (Isaías 35:4).

Podemos seguir el camino de la salvación cuando se nos abre la puerta de la fe:

"Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias; orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar." (Colosenses 4:2-4).

"Y habiendo llegado, y reunido a la iglesia, refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles." (Hechos 14:27).

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo." (Apocalipsis 3:20).

La figura de la puerta aparece también con una clara connotación escatológica en la descripción de la Jerusalem celestial:

"Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla." (Apocalipsis 21:21).

El simbolismo de la perla está relacionado con los elementos del agua y de la luna. Los antiguos pensaban que la luna y el agua engendraban las perlas en el interior de la ostra, como si se tratara de la gestación de un embrión en un vientre femenino. Quizás de ahí el término de "madreperla". Para los hebreos también era un símbolo de lo celestial. Por eso es que Jesús les dice a los discípulos: "No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen." (Mateo 7:6).

En las Sagradas Escrituras, los cerdos son figura de los pueblos paganos que asolaron a Israel en el curso de los siglos:

"¿Por qué aportillaste sus vallados, y la vendimian todos los que pasan por el camino? La destroza el puerco montés, y la bestia del campo la devora." (Salmo 80:12-13).

Tratándose de animal impuro –ver Levítico 11:7-8 y Deuteronomio 14:7-8- el cerdo pasó a ser figura de la impureza humana, e incluso, por extensión, de la falta de sentido y cordura:

"Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo es la mujer hermosa y apartada de razón." (Proverbios 11:22).

De igual modo, el acceso al reino de los cielos –Mateo, que escribe originalmente para judeo-cristianos, emplea "cielo" para evitar el uso del nombre de Dios- es comparado por el Señor con una perla de gran precio, para adquirir la cual hay que estar dispuesto a dejarlo todo:

"También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró." (Mateo 13:45-46).

LOS DOS CIMIENTOS.

"Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras, y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina. Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas." (Mateo 7:24-29; Ver también Lucas 6:46-49).

El simbolismo de la casa es muy rico en la mentalidad oriental en general, y en la semítica en particular. En la escritura jeroglífica egipcia, la figura de la casa es la misma que el seno materno. Los romanos llamaron "casa eterna" al sepulcro. Y los sabios de Israel hablaron de la mujer como "casa" del hombre.

En las Sagradas Escrituras, la casa es la familia del hombre, excepto cuando se alude específicamente al edificio. En el Nuevo Testamento, la Casa de Dios es la Comunidad Cristiana:

"Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu." (Efesios 2:19-22).

"Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza." (Hebreos 3:5-6).

"Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado.

Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados." (1ª Pedro 2:4-8).

La imagen que Jesús nos da puede parecernos simplista, pero hasta el día de hoy vemos que se construyen casas en medio de ramblas secas y cauces de viejos arroyos por los que un día, cuando vengan las lluvias abundantes, volverán a correr las aguas, buscando sus antiguos cauces, y arrastrando con el torrente la arena y las piedras acumuladas durante años.

El sentido espiritual de la parábola lo desarrolla el apóstol Pablo en su primera Carta a los Corintios:

"Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios. Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire como sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo." (1ª Corintios 3:9-11).

Las figuras de la lluvia y el viento son también muy ricas en las Sagradas Escrituras. La lluvia, como agua del cielo, suele estar asociada a la bendición que el Espíritu Santo derrama:

"Y daré bendición a ellas y a los alrededores de mi collado, y haré descender la lluvia en su tiempo; lluvias de bendición serán." (Ezequiel 34:26).

"Y conoceremos, y proseguiremos en conocer al Señor; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra." (Oseas 6:3).

"Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso del Señor. Y todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo; porque en el monte de Sión y en Jerusalem habrá salvación, como ha dicho el Señor, y entre el remanente al cual él habrá llamado." (Joel 2:28-32).

Igualmente, la figura del viento generalmente se refiere a las bendiciones del Señor para su pueblo fiel. La propia palabra hebreas para el viento es "rúaj", la misma voz que empleamos para referirnos al Espíritu de Dios. Son numerosísimos los textos

bíblicos que aluden al viento. Veamos unos pocos ejemplos muy significativos:

"Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas." (Génesis 1:2).

"Y me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así ha dicho Dios el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estas muertos, y vivirán." (Ezequiel 37:9; ver el capítulo 37 completo).

Jesús juega con los dos sentidos de la palabra "espíritu" en su conversación con Nicodemo:

"De cierto, de cierto te digo, que el que no naciera del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu." (Juan 3:5-8).

"Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino de cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otros lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen." (Hechos 2:1-4).

Sin embargo, en esta parábola las aguas y los vientos no son para bendición, sino para juicio. El huracán y la tormenta son figuras de juicio:

"He aquí que la tempestad del Señor saldrá con furor; y la tempestad que está preparada caerá sobre la cabeza de los malos". (Jeremías 23:19).

REMIENDOS NUEVOS Y ODRES NUEVOS.

"Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque tal remiendo tira del vestido, y se hace peor la, rotura. Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero echan vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente." (Mateo 9:16-17; Ver vv. 14-17; Ver también Marcos 2:18-22 y Lucas 5:33-39).

Las figuras que emplea aquí nuestro Maestro son muy gráficas y perfectamente comprensibles para aquellos hombres y mujeres que las escucharon. Los materiales más frecuentes en la vestimenta de la época que estudiamos eran la lana y el lino. Este último se importaba de Egipto: "Busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus manos." (Proverbios 31:13). Pero también se tejían las prendas de pelo de cabra y de camello. La seda se empleaba frecuentemente en los trajes y vestidos de fiesta. Se menciona en Proverbios 31:22 y Ezequiel 16:10.

Jesús quiere dejar bien sentado que Él no ha venido para dar una versión reformada del judaísmo:

"El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tenga en abundancia." (Juan 10:10).

La tela nueva tira del vestido viejo, y el roto se agranda, pues el paño se rasga. Los odres no eran de barro ni madera, sino pellejos de oveja o de cabra. Y la alusión parece apuntar hacia la interpretación de la Ley, contraria al sentido original con que el Señor se la entregó a su pueblo Israel. El Evangelio es mosto nuevo, y precisa de odres nuevos, pues de lo contrario, al comenzar el proceso de fermentación los odres viejos se cuartearán y se abrirán, perdiéndose el mosto.

Toda la carga de tradiciones y mandamientos de hombres están representados en el paño y los odres viejos.

El contexto es el ayuno: "Entonces vinieron a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los discípulos de los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan? Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán." (Mateo 9:14-15). La respuesta de Jesús hace referencia a la fiesta de bodas. Los fariseos ayunan muchas veces, pero para Jesús no es momento de enfatizar la práctica del ayuno, por cuanto de momento sus discípulos están con Él, con el esposo. No es tiempo de luto, sino de festejar.

Las fuentes judías enseñan que si alguien observaba un ayuno voluntario y era invitado a una celebración nupcial, quedaba exento del cumplimiento del ayuno, por cuanto la alegría de la boda era un mandamiento con primacía sobre la observancia de la abstinencia.

Quizá aquí convenga tener presente cómo era una celebración de esponsales en los días de Jesús en la carne. Los amigos conducían a la novia desde la casa de sus padres hasta el nuevo hogar. El desfile procesional recorría las calles, entre música y danzas, gritos de alegría y celebración, con lámparas

encendidas, pues se acostumbraba a celebrar el acontecimiento a la caída de la tarde. En el nuevo hogar estaba preparado el banquete, donde ya esperaban la mayoría de los amigos e invitados.

Jesús asocia la boda y el vino como signo de alegría. Sabemos que no era frecuente beber vino en la tierra de Israel en los días de Jesús en la carne. Sólo se consumía en las fiestas solemnes. Hay varios textos bíblicos que conviene tener en cuenta:

"Él –el Señor- hace producir el heno para las bestias, y la hierba para el servicio del hombre, sacando el pan de la tierra, y el vino que alegra el corazón del hombre, el aceite que Hace brillar el rostro, y el pan que sustenta la vida del hombre." (Salmo 104:14-15).

"A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche." (Isaías 55:1).

Incluso lo hallamos en una de las más antiguas profecías mesiánicas, según hallamos en Génesis 49, donde aparece el nombre de Siloh, uno de los títulos mesiánicos más antiguos. Su significado es oscuro. La mayoría de los eruditos se inclinan por creer que no se trata de un nombre propio, sino de una expresión compuesta cuyo significado podría ser "lo que es suyo", "lo que le pertenece", "lo suyo propio". En ese caso, se trataría de lo que en clave semántica se nos dice en el texto del prólogo del Evangelio de Juan, cuando hablando de la encarnación del Verbo, se nos dice que "en el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron." (Juan 1:10-11).

"No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos. Atando a la vid su pollino, y a la cepa el hijo de su asna, lavó en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su manto." (Génesis 49:10-11).

De ahí que la primera señal milagrosa de nuestro Señor Jesucristo sea precisamente la conversión de agua en vino con ocasión de una fiesta de bodas en Caná de Galilea. (Ver Juan 2:1-11).

Jesús introduce las palabras novedosas en el Séder de Pésaj con relación al significado del vino, símbolo de la alianza matrimonial entre Jesucristo y su Iglesia y su proyección escatológica:

"Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid,

hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre." (Mateo 26:27-29).

"Y el Señor de los ejércitos hará en este monte a todos los pueblos banquete de manjares succulentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados." (Isaías 25:6).

En la mística judía, la novia es el símbolo de la congregación de Israel, y el novio es figura del Señor que viene al encuentro de la desposada. La novia es también figura del Shabat. De ahí que en la víspera, poco antes de la puesta del sol del día Viernes, se entonen hasta el día de hoy cantos que hablan de "ir al encuentro de la novia".

De esa manera describe Jesús su presencia entre los discípulos, como si se tratara de una fiesta de bodas. Pero llegará el día en que esposo les será quitado, y entonces será el momento propicio para el ayuno. Entonces tendrá verdadero sentido, mientras que ahora deben aprovechar la presencia del Señor para festejar y regocijarse. Jesús, curiosamente, vincula el ayuno con el luto, y esta es también la primera vez que hallamos registrada en el relato de Mateo la alusión a la muerte del Maestro.

La presencia de Jesús hace de aquel momento un tiempo gozoso, inadecuado para el ayuno, que es señal de tristeza.

La Nueva Ley –o renovación de la Ley- no es una mera reforma de las tradiciones judías.

El nuevo vino precisa de nuevos recipientes, libres de la pesada carga de los mandamientos de hombres.

EL YUGO Y LA CARGA.

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga." (Mateo 11:28-30).

Sólo Mateo recoge estas palabras de Jesús. El pensamiento es un hebraísmo que significa que solamente llegarán a conocer quienes verdaderamente deseen conocer. Los niños son aquellos que se sienten ignorantes, pero desean aprender. Los cansados son quienes se sienten oprimidos. Por eso la invitación del Maestro no va dirigida a todos los trabajados y cargados, sino a quienes lo están y lo saben, lo sienten y lo sufren, y desean experimentar el alivio que sólo el Señor puede dar.

Los yugos se empleaban para los pares de bueyes. Se han empleado en la antigüedad en muchas latitudes, y el Mediterráneo no ha sido excepción. Se formaban con un recio madero curvado para ajustarse al cuello de las bestias, atándose con correas o cuerdas. Evidentemente, si el yugo no estaba bien equilibrado, no era un yugo fácil. Jesús emplea esta figura por estar muy familiarizado con ella. Tengamos presente que los carpinteros de la época no eran constructores de mobiliario, sino de aperos para la labranza y sencillas estructuras de madera para las casas. De modo que Jesús debió haber tenido muchos yugos en sus manos durante sus años de trabajo en el taller de Nazaret. Pero también se empleaba la figura del yugo entre los rabinos –el yugo de la instrucción– para referirse a la disciplina del estudio en las diferentes escuelas de la época. En la Mishná hallamos la expresión "tomar sobre sí el yugo del santo reino", con el sentido de consagrarse al estudio de la Torá, la Ley del Señor; mientras que la designación "hombres de Belial" se refiere a quienes viven "sin el yugo", es decir, sin gozar de la instrucción de los mandamientos, preceptos y ordenanzas del Señor. De manera que aquí Jesús está invitando a que quienes se sientan cargados opten por ser sus discípulos.

Las figuras del yugo y de la carga son claras referencias a la esclavitud:

"Tu padre agravó nuestro yugo, mas ahora disminuye tú algo de la dura servidumbre de tu padre, y del yugo pesado que puso sobre nosotros, y te serviremos." (1º Reyes 12:4).

Sin embargo, Jesús presenta un inmenso contraste entre su yugo fácil y el yugo de hierro con que Israel será sometido por sus enemigos si desobedece al Señor:

"Por cuanto no serviste al Señor tu Dios con alegría y con gozo de corazón, por la abundancia de todas las cosas, servirás, por tanto, a tus enemigos que enviare el Señor contra ti, con hambre y con sed y con desnudez, y con falta de todas las cosas; y él pondrá yugo de hierro sobre tu cuello, hasta destruirte." (Deuteronomio 28:47-48).

El yugo y la carga de Jesús son las sendas antiguas, frente a los innumerables mandamientos de hombres con que la Ley había sido adulterada por los fariseos y saduceos:

"Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes, hacen todas sus obras para ser vistos

por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí. Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es le mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido." (Mateo 23:1-12).

"Así dijo el Señor: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma. Mas dijeron: No andaremos." (Jeremías 6:16).

El Señor se presenta en muchas ocasiones como el liberador de su pueblo bajo la figura de la rotura del yugo de esclavitud:

"Yo el Señor vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para que no fueseis sus siervos, y rompí las coyundas de vuestro yugo, y os hecho andar con el rostro erguido." (Levítico 26:13).

Ahora bien, el yugo no sólo puede representar el poder dominador de los enemigos, sino la soberanía justa de Dios, que es, naturalmente, suave, fácil, ligera, y amorosa. Y es a esa clase de dominio al que nuestro Señor Jesucristo se refiere al invitarnos a estar bajo su yugo, para aprender mansedumbre y humildad:

"Yo Pablo os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo, yo que estando presente ciertamente soy humilde entre vosotros, mas ausente soy osado para con vosotros...". (2ª Corintios 10:1).

La mansedumbre y la humildad del Mesías son las características esenciales para el descanso y reposo del alma que todo discípulo de Jesucristo precisa para poder llevar a cabo la obra de la extensión del Evangelio, el consuelo de los entristecidos, la liberación de los oprimidos, y el ministerio de la reconciliación.

El yugo es también símbolo de asociación o vínculo. De ahí que el apóstol Pablo nos advierta de no establecer sociedad con los impíos:

"No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del

Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo." (2ª Corintios 6:14-16).

EL SEMBRADOR.

"Aquel día salió Jesús de la casa y se sentó junto al mar. Y se le juntó mucha gente; y entrando él en la barca, se sentó, y toda la gente estaba en la playa. Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos para oír, oiga." (Mateo 13:1-9). (Ver también Marcos 4:1-9; Lucas 8:4-8).

Hoy como ayer, se necesita la lluvia para que se ablande la tierra. De lo contrario no pueden abrirse los surcos en los que se esparcirá la simiente. Los arados hacían su labor a finales del mes de Octubre. Y los animales empleados para tal efecto eran dos bueyes o dos asnos, pero nunca mezclados, como símbolo de la separación que Israel debía vivir para ser luz a las naciones:

"No sembrarás tu viña con semillas diversas, no sea que se pierda todo, tanto la semilla que sembraste como el fruto de la viña. No ararás con buey y con asno juntamente. No vestirás ropa de lana y lino juntamente." (Deuteronomio 22:9-11).

Jesús, sentado, que es la postura clásica de la enseñanza entre los judíos, les habló muchas cosas por parábolas. Ésta es, probablemente, la más representativa de la enseñanza de Jesús en aquella ocasión. El lugar debió de ser en el extremo norte del Mar de Galilea, donde abundan las pequeñas calas bordeadas por piedras de basalto. Jesús había enseñado hasta aquel instante la llamada al arrepentimiento ante la cercanía del reino de Dios. También había dado algunas de las principales leyes del reino. Ahora procede a enseñar cómo se recibe el reino de Dios, el crecimiento en él, y su carácter.

La imagen no puede ser más sencilla. Un labrador que esparce la simiente por el campo. La labor es quizá la más sencilla de cuantas se han de realizar para obtener el fruto de la tierra. Simplemente meter la mano en el alfolí y lanzar los puñados de semilla al viento. Éste será quien se encargará de que los granos se depositen en los surcos previamente trabajados. No hay posibilidad de buena cosecha sin que haya habido una buena

siembra. Y todo ello es realmente misterioso. La simiente es diminuta. El viento no se deja ver. Y el sol parece estar tan distante y al mismo tiempo tan próximo. Esta parábola tiene aroma evangélico por todas partes. Su autor es un carpintero con vocación de sembrador.

La figura de la simiente es de una gran riqueza. En la semilla está presentes germinalmente todas las partes de la futura planta. También la vida humana se asemeja a la simiente y a la cosecha:

"Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así." (Génesis 1:11).

"Cuando el hombre tuviere emisión de semen, lavará en agua todo su cuerpo, y será inmundo hasta la noche." (Levítico 15:16).

"Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya." (Génesis 3:15).

"¿No dice la Escritura que del linaje –griego: "spérmatos"- de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo?" (Juan 7:42).

"Linaje de Abraham" ("spérmatos Abraám") es una expresión favorita para el apóstol Pablo al referirse al pueblo de Israel:

"Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia – "spérmatos"- de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció." (Romanos 11:1).

El apóstol Juan también emplea este término en el sentido de la vida de Dios en el hombre, y para expresar la vitalidad divina:

"Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios." (1ª Juan 3:9).

Pedro también usa este término para expresar el nuevo nacimiento de la regeneración:

"Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre." (1ª Pedro 1:23).

En la lengua hebrea de la Biblia, el término "zéra" no es sólo la simiente vegetal, sino también la simiente del hombre y de la bestia. Y, naturalmente, en el plano ético-moral, todo lo que los humanos sembramos, lo cosechamos:

"Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra; como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre. Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios." (2ª Corintios 9:6-11).

"No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna." (Gálatas 6:7-8).

En el texto de Marcos, la semilla que siembra el sembrador es la Palabra de Dios: "El sembrador es el que siembra la palabra." (Marcos 4:14). Y en Lucas: "La semilla es la palabra de Dios." (Lucas 8:11).

Esta es la parábola acompañada por la explicación más detallada del propio Señor Jesús. En la versión que nos llega de la pluma de Marcos se encuentran unas palabras de Jesús muy clarificadoras. De ellas parece desprenderse que esta parábola es clave para poder comprender todas las demás:

"Y les dijo: ¿No sabéis esta parábola? ¿Cómo, pues, tenderéis todas las parábolas?" (Marcos 4:13).

Es como si dispusiéramos de dos versiones: la general, compartida con el gentío en la playa, y la que el Maestro comparte con los discípulos en la intimidad:

"Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador: Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebatada lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino. Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza. El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por

uno." (Mateo 13:18-23). (Ver también Marcos 4:13-20; Lucas 8:11-15).

Las diferencias en los porcentajes de fertilidad pudieran a primera vista hacernos pensar en tres diferentes tipos de cereal: La cebada es más productiva que el trigo, por ejemplo. Sin embargo, el texto no nos dice que fueran diferentes granos los que se sembraron. Las diferencias radican en el terreno donde cayó la semilla, no en la clase de simiente sembrada.

Jesús describe cuatro situaciones posibles: La falta de entendimiento (junto al camino separador de los campos); la inmediatez en la recepción, pero sin profundidad (entre los pedregales); la frustración por causa de los intereses mundanos (entre espinos); y la buena tierra (quienes oyen, entienden y dan fruto).

Aquí, tratándose del terreno pedregoso, con poca profundidad de tierra, la piedra del fondo es calentada por el sol, y muy pronto se produce la germinación, pero la temperatura de la piedra quema la raíz muy pronto también. Jesús emplea el calor solar para simbolizar la tribulación producida por la persecución. Es la primera vez que aparece registrado el anuncio de la futura persecución de los cristianos. Jesús volverá más adelante a aludir al tiempo de angustia:

"Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo. Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin." (Mateo 24:9-14). (Ver también Mateo 24:1-51; Marcos 13:3-23; Lucas 21:7-24).

Respecto al terreno espinoso, Jesús lo asocia a los afanes de este mundo y el engaño de las riquezas. En el relato de Marcos aparece un dato más: "las codicias de otras cosas." (Marcos 4:19). Y en el relato según Lucas, añade: "los placeres de la vida". (Lucas 8:14).

Aquí conviene comparar estos obstáculos en el desarrollo de la semilla del reino con la descripción que Jesús hace del mundo en los tiempos inmediatamente anteriores al Gran Diluvio de los días de Noé, a la destrucción de las ciudades de Sodoma y Gomorra, e inmediatamente antes de la Segunda Venida de nuestro Señor:

"Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en

casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste." (Lucas 17:26-30).

No nos conviene dejar la simiente de que hemos sido sembrados a la intemperie. Las aves pueden comérsela. Es siempre mejor dejarla penetrar en lo profundo de nuestra tierra, cuanto más hondo mejor, para que rompa su coraza exterior y brote con fuerza hacia la llamada de la luz solar.

Hay semillas de Dios por todas partes. Son simiente de vida, y se asemejan muchísimo al viento que las lleva de acá para allá, pues frecuentemente no se ven. Son muy humildes. El protagonismo no es para ellas. Son simiente del Espíritu Santo. Y al igual que la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto, estas semillas germinan y se abren silenciosamente, llenándolo todo de amor, justicia y la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

EL TRIGO Y LA CIZAÑA DEL CAMPO.

"Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba, y dio fruto, entonces apreció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero." (Mateo 13:24-30).

Sólo Mateo recoge esta enseñanza de nuestro Señor Jesucristo. La figura de la cizaña es simbólica para expresar el engaño de lo aparente. La palabra cizaña hemos de entenderla aquí en un sentido genérico, como "malas hierbas". Puede tratarse de cualquiera de las plantas del género "lolium". La cizaña propiamente dicha no tiene gran parecido con el trigo, pero existen otras hierbas venenosas que, efectivamente, presentan una notable semejanza con las espigas del trigo durante las primeras etapas de su desarrollo -mientras están verdes- haciendo muy difícil su distinción. Este parecido es el punto

fundamental de la parábola. El bien y el mal pueden fácilmente confundirse en la Iglesia visible. Sólo el Día del Juicio podrá evidenciar realidades que ahora no son todavía discernibles. Es más, cualquier intento de separación anticipada no producirá los efectos deseados, sino todo lo contrario, incluso un gran deterioro y subsiguiente pérdida. La historia de la Iglesia no hubiera producido muchas vergonzosas páginas de cruzadas, persecuciones, hogueras inquisitoriales y otros derramamientos de sangre si la enseñanza de esta parábola de nuestro Señor hubiese sido tenida en consideración. Por eso es que esta mala hierba no se puede distinguir perfectamente hasta el momento de dar fruto. Entonces es cuando ya no puede la cizaña pasar inadvertida entre el trigo. Su falta de fruto le denuncia.

Al igual que en el caso de la parábola del Sembrador, Jesús también explica minuciosamente el significado de cada uno de los elementos que componen el relato:

"Entonces, despedida la gente, entró Jesús en la casa; y acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Respondiendo él, les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga,." (Mateo 13:36-43).

Tengamos presente que "el fin del siglo" no es la terminación de una centuria, sino la conclusión de este eón, o mejor todavía, el punto en el que un eón termina y otro comienza. Jesús emplea esta expresión en otras ocasiones en este Evangelio, al igual que los discípulos, y también la hallamos en la Epístola a los Hebreos:

"Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos." (Mateo 13:49).

"Y estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?" (Mateo 24:3).

"Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he

mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén." (Mateo 28:19-20).

"De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos, y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan." (Hebreos 9:26-28).

Jesús toma la expresión del "resplandor de los justos en el reino de su Padre" del libro de Daniel:

"Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad." (Daniel 12:2-3).

Aquí Jesús está empleando una figura paranomásica que se pierde en el griego y en las traducciones a las demás lenguas occidentales. Los "entendidos" –hebreo "HaMashkilim"– son quienes llevan la parábola –"Mashal"– a cuestras; quienes la usan como instrumento de enseñanza de la justicia divina. En la composición de la palabra "HaMashkilim" están presentes las letras hebreas con las que formamos "Kelí", "portar", y "HaShem", "El Nombre", como apelativo divino. Los "entendidos" son aquellos que conocen el "cuando" –la circunstancia– ("kasé") de las palabras ("Milim"), con el propósito de pacificar, de ser instrumentos de paz, ("Shalom"), "paz", "completar", "hacer entero" al prójimo.

En realidad, la parábola del Trigo y la Cizaña forma parte de una secuencia que comienza con la parábola del Sembrador. En la primera, se destacan las diferentes actitudes hacia la palabra del Evangelio del reino de Dios, por cuanto todos los hombres representados por los diferentes terrenos reciben la semilla, mientras que en la segunda el Señor pone de manifiesto que no todos los hombres poseen la capacidad para recibir la simiente, y que el reino de Dios no necesariamente coincide con la Iglesia organizada y visible.

La secuencia que ha comenzado con la parábola del Sembrador y la del Trigo y la Cizaña continuará ahora con la serie de breves figuras con el denominador común del elemento de lo escondido, de lo oculto, como es el caso de la Semilla de Mostaza, la

Levadura en la masa de pan, el Tesoro escondido, la Perla de gran precio, y la Red.

LA SEMILLA DE MOSTAZA.

"Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas." (Mateo 13:31-32). (Ver también Marcos 4:30-32; Lucas 13:18-19).

Esta es la siguiente de las parábolas del "misterio" o de la verdad "escondida". Tanto ésta como la de la Levadura apuntan hacia el crecimiento de la Iglesia. La que nos ocupa, destaca el aspecto exterior de dicho crecimiento, mientras que la de la Levadura alude claramente al desarrollo interior del pueblo de Dios.

La voz griega para "semilla" es aquí "kókko", que corresponde al hebreo "gargar", voz que escribimos con "guímel", "resh", "guímel" y "resh", es decir, duplicando el verbo "gar", "morar", "habitar". Dijeron los sabios antiguos de Israel al respecto: "El hombre habita en el cielo en la misma medida en que el cielo habita en él. Por eso es que al final de la germinación, al hombre le nace el árbol en que anidan los pájaros, figura de los ángeles."

La alusión a "su propio campo" o "jardín" puede entenderse como a la tierra de Israel: ("A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.")(Juan 1:11).

La declaración de tratarse de "la más pequeña de todas las semillas" es una afirmación relativa, de carácter proverbial, pues no es la menor de todas en términos absolutos, sino la de menor tamaño en relación con la proporción de la planta que brota de ella.

El término "árbol" no hemos de entenderlo en el sentido estricto de la palabra, pues no se trata de un árbol, sino de un arbusto, pero sí alcanza una altura semejante.

La figura de los pájaros que vienen a posarse en las ramas de la planta y construir nidos en ellas es una referencia al ministerio que debe destacarse en la Iglesia del Señor: Acogida y descanso, refugio y protección, sombra y alimento. Esas son las cosas que las aves esperan encontrar entre las ramas del árbol. También los hombres trabajados y cargados esperan hallar ese alivio donde Cristo preside.

El verbo traducido por "hacer nidos" es el griego "kataskenoun", "descansar", "reposar", "hacer o construir un lugar de reposo", "levantar una tienda de campaña". La figura nos hace pensar en

las cabañas de materia vegetal construidas en la celebración de la Fiesta de Succot, del hebreo "sucá", "cabaña", "tienda de campaña" o "vivienda temporal", que nosotros solemos denominar "Tabernáculos".

En su forma "eskénosen", aparece en el texto de la encarnación que nos da Juan en el prólogo de su Evangelio:

"Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó –"eskénosen"- entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad." (Juan 1:14).

Hay una insistencia por parte de nuestro Señor por comunicarnos la importancia de las cosas pequeñas, donde siempre palpita el vigor de la vida. Jesús nos habla del reino de los cielos como granos de mostaza, simientes diminutas, levadura imperceptible en el interior de la masa. Incluso el Verbo de Dios, que es Dios, se encarna en la pequeñez de un embrión en el vientre de Myriam, latinizada "María".

LA LEVADURA.

"Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado." (Mateo 13:33). (Ver también Lucas 13:20-21).

La levadura tiene por objeto reblandecer y esponjar la masa fresca de harina. Esto se logra haciéndola fermentar. Y en la época que nos ocupa, la levadura era simplemente una porción de masa vieja que se introducía en la masa nueva. Para Israel siempre tuvo un sentido especial, por activa y por pasiva, pues al salir de debajo de la garra opresora del imperio egipcio, lo hicieron con tanta premura que no tuvieron tiempo para hacer que la masa del pan fermentara:

"Y cocieron tortas sin levadura de la masa que habían sacado de Egipto, pues no había leudado, porque al echarlos fuera los egipcios, no habían tenido tiempo ni para prepararse comida." (Éxodo 12:39).

La figura de la levadura se convirtió, pues, en un símbolo de todo aquello que crece y se extiende de forma inadvertida, como en la masa del pan, si bien es cierto que generalmente se utilizó en sentido negativo, tanto en las Sagradas Escrituras como en la literatura rabínica posterior. Probablemente, el sentido negativo tuviera su origen en las prohibiciones al respecto que hallamos en las instrucciones del Señor sobre la celebración de la Pascua, donde específicamente se manifiesta que la levadura no ha de estar presente en la masa:

"Y aquella noche comerán la carne asada al fuego, y panes sin levadura, con hierbas amargas lo comerán." (Éxodo 12:8).

Igualmente, respecto a las ofrendas quemadas, el Señor prohíbe la presencia de la levadura y del elemento edulcorante, probablemente para que Israel no olvide nunca su situación de sufrimiento hasta la intervención poderosa del Eterno a favor de los esclavos hebreos. Algunos sabios de Israel creyeron ver en estas características del sistema sacrificial una llamada a la conciencia del pueblo, para que no olvidaran su historia, y no sólo no fueran ellos mismos esclavizadores, sino que procuraran siempre ser agentes de liberación de todos los esclavizados y oprimidos de entre las naciones de la tierra.

"Ninguna ofrenda que ofreciereis al Señor será con levadura; porque de ninguna cosa leuda, ni de ninguna miel, se ha de quemar ofrenda para el Señor." (Levítico 2:11).

Este sentido negativo es la tónica general del uso de la levadura como símbolo bíblico:

"Llegando sus discípulos al otro lado, se habían olvidado de traer pan. Y Jesús les dijo: Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos. Ellos pensaban dentro de sí, diciendo: Esto dice porque no trajimos pan... ¿Cómo es que no entendéis que no fue por el pan que os dije que os guardaseis de la levadura de los fariseos y de los saduceos? Entonces entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos." (Mateo 16:5-7, 11-12).

"No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque vuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por vosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad." (1ª Corintios 5:6-8). (Ver también Gálatas 5:9).

Sin embargo, en la parábola que nos ocupa, el símbolo de la levadura adquiere un sentido positivo, aunque oculto, como fermento misterioso que tiene un comienzo diminuto, como en el signo de la semilla de mostaza, pero que se extiende y crece como la levadura escondida en la masa del alma humana. Es evidente, pues, que la masa en proceso de fermentación es una imagen de la Iglesia en desarrollo, como una nueva sociedad que iría penetrando de forma sutil y misteriosa. Así fueron los primeros años de la Cristiandad; los más gloriosos; cuando la Iglesia vivió libre de los intentos de maridaje de los poderes

temporales, sufriendo persecución por resultar peligrosa para el estado imperial romano.

La alusión a las "tres medidas" hemos de entenderla como tres "seah" (medida de capacidad correspondiente a 1/3 de un "efa", es decir, 12,3 litros):

"Entonces Abraham fue de prisa a la tienda a Sara, y le dijo: Toma pronto tres medidas de flor de harina, y amasa y haz panes cocidos debajo del rescoldo." (Génesis 18:6).

Abraham acaba de recibir una teofanía en la que hacen acto de presencia ante él tres varones, a los que, paradójicamente, se dirige en singular:

"Después le apareció el Señor en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día. Y alzó los ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra, y dijo: Señor, si ahora he hallado gracia a tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo." (Génesis 18:1-3).

Las tres medidas de flor de harina son una evidente ofrenda trinitaria. Jesús toma este signo para mostrar la semejanza con el reino de Dios –Padre, Hijo y Espíritu Santo– leudando en el corazón de los hombres que lo reciben porque han hallado gracia ante los ojos del Señor, y por eso salen corriendo de su tienda para abrazarlo, postrados en tierra.

La levadura, escondida en la masa, siempre nos hablará del reino de Dios que no se esfuerza por aparecer, pero cuyos efectos se hacen siempre clara e inequívocamente notorios. La levadura es un signo muy elocuente de la capacidad de Dios para sorprendernos y dejarnos a veces boquiabiertos.

EL TESORO ESCONDIDO.

"Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo." (Mateo 13:44).

Sólo Mateo nos da esta parábola del Maestro. El contexto es de marcado acento oriental. En los días de Jesús en la carne no existían las instituciones bancarias, como las conocemos hoy, y la práctica de esconder tesoros en los campos y en las casas era muy común.

Hay un elemento de aparente deshonestidad por parte del hombre que encuentra el tesoro. No lo comunica al propietario del campo, que, evidentemente, no es el propietario del tesoro,

por cuanto ignora su existencia. Pero los elementos a destacar en la parábola son de carácter positivo: Por una parte, el inesperado descubrimiento, quizá casual; y por otro lado, el inmenso gozo que le lleva a este hombre a adquirir el campo que contiene el tesoro a cualquier precio. No es un terreno barato. Tiene que hacer el sacrificio de vender todas sus posesiones para adquirirlo. Jesús no se olvida de introducir el dato de la renuncia, sin la cual no es posible acceder al reino:

"El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará." (Mateo 10:37-39).

Pablo de Tarso renunció a su posición en el tribunal supremo de Israel; Mateo dejó su fuente de ingresos en el banco de los tributos públicos; Bernabé abandonó sus tierras; otros dejaron sus redes de pescadores para seguir al Maestro. Y de Jesús, dice Pablo:

"Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos." (2ª Corintios 8:9).

"Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz." (Filipenses 2:5-8).

Pero hay un detalle que suele pasar inadvertido a muchos lectores del Evangelio: Nuestro hombre no extrae el tesoro y escapa con él. Entiende que pertenece a la tierra, y por eso la compra, con el tesoro que reposa en su interior y todo lo demás, tanto sus aspectos positivos como los negativos.

El reino de los cielos hace acto inmediato de presencia. Este hombre no es un buscador de tesoros. Lo halla por aparente casualidad. Pensamos en la mujer samaritana del capítulo 4 del Evangelio de Juan; el carcelero de Filipos, en el capítulo 16 de los Hechos de los Apóstoles; el centurión y los que estaban con él guardando a Jesús al pie de la cruz (Mateo 27:54), y el ladrón crucificado junto al Maestro (Lucas 23:39-43). Nos recuerda las palabras de Pablo a los Romanos:

"Isaías dice resueltamente: Fui hallado de los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí." (Romanos 10:20).

Los místicos siempre vieron el tesoro escondido como una realidad espiritual que palpita dentro de cada uno de nosotros. Cualquier tesoro que no forme parte de nuestro ser no pasará de ser un espejismo. El tesoro guiará nuestro curso por la vida, mientras que los espejismos sólo sirven para desorientarnos y extraviarnos:

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón." (Mateo 6:19-21).

"Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme." (Mateo 19:21).

LA PERLA DE GRAN PRECIO.

"También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró." (Mateo 13:45).

Las perlas siempre estuvieron vinculadas al misterio de las profundidades del mar. Su valor simbólico general está relacionado con el agua y la luz de la luna, así como con la idea de que la perla se forma dentro de la concha como el embrión dentro del vientre de la madre. Para la mitología griega, el nacimiento de la perla era resultado de la irrupción de un rayo de luz caído del cielo sobre una concha abierta. Los antiguos Vedas, los libros sagrados del zoroastrismo persa, hablan de la perla como remedio eficaz para combatir a los malos espíritus.

También es Mateo el único que nos da este breve relato. Su semejanza con la parábola del Tesoro escondido es evidente. La diferencia radica en que el hombre que halla el tesoro escondido no parece estar buscándolo, mientras que el mercader de perlas finas obtiene esta auténtica joya como resultado de su quehacer en la vida.

Este mercader es un profesional experto. No se conforma con cualquier cosa. Sólo le interesan las perlas finas. No hay riesgo de engaño. El valor de la perla es tal que no duda en vender todo cuanto tiene para adquirirla. De nuevo hace acto de presencia el elemento de la renuncia. Seguramente, hemos de pensar en las "perlas" del "legalismo" de los judíos, de la "filosofía" de los griegos, y de otras "perlas" de orgullo que podemos albergar en nuestra vida, de lo que hemos de desprendernos para adquirir la sencillez del Evangelio del reino de Dios que Jesucristo encarna y proclama. Ante el valor imperecedero de acceder al reino de los cielos, ningún sacrificio

es demasiado grande; ningún precio es demasiado alto; ningún desprendimiento resultará ser demasiado costoso.

La figura de la perla está presente también en el acceso a la ciudad de Dios, la Nueva Jerusalem: "Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio." (Apocalipsis 21:21).

Algunos místicos judíos vieron en la perla y en la madreperla un símbolo de la "shejiná", de la "luz divina" o "resplandor de la gloria de la presencia del Señor". Jesús es "la perla de gran precio", con su mansedumbre y humildad, su desapego por las cosas que a otros deslumbran. Clemente de Alejandría, entre los padres de la Iglesia, predicaba a Cristo Jesús describiendo al Verbo de Dios como la "Perla de Gran Precio". Y el sirio Efrén comparaba a María de Nazaret con la concha que llevó dicha perla en su seno.

La clase de "perla" que nuestro Maestro representa, no puede hallarse en los escaparates de las joyerías, ni en las cámaras más acorazadas. Esta "perla" nos llega vestida de ave de los cielos, de lirio o mies de los campos, de niños de la calle en alguna "fabela" o "villa-miseria" de Latinoamérica. Esta "perla" es un verdadero tesoro porque tiene un núcleo de amor y libertad bajo cualquier revestimiento.

Jesús también emplea la figura de la perla para advertirnos que hemos de ser buenos administradores de la superabundante gracia de Dios:

"No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen." (Mateo 7:6).

Esta parábola es también una llamada de advertencia para que no nos dejemos engañar, pues hay baratijas muy elaboradas que pueden aparentar ser joyas, pero no lo son, y los incautos caen en la trampa de adquirirlas; de gastar la vida por tener dinero; de sacrificar el "ser" por el "poseer"; de "querer" a las personas y "amar" a las cosas.

LA RED.

"Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera. Así será el fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes." (Mateo 13:47-50).

En las Escrituras se mencionan las redes tanto de pesca como de caza. Ambas son símbolos instrumentales para atrapar y conducir, a veces de parte de Dios, y en otras ocasiones para que los malos queden atrapados en sus propios lazos tendidos para dañar a otros:

"Extenderé sobre él mi red, y será preso en mi lazo, y lo haré venir a Babilonia, y allí entraré en juicio con él por su prevaricación con que contra mí se ha rebelado." (Ezequiel 17:20).

"Sacará a todos con anzuelo, los recogerá con su red, y los juntará en sus mallas; por lo cual se alegrará y se regocijará." (Habacuc 1:15).

"Se hundieron las naciones en el hoyo que hicieron; en la red que escondieron fue tomado su pie." (Salmo 9:15).

"Por tú eres mi roca y mi castillo; por tu nombre me guiarás y me encaminarás. Sácame de la red que han escondido para mí, pues tú eres mi refugio." (Salmo 31:4).

Las redes de pesca de la época eran de dos clases: las de lanzar, echadas en forma circular, como si fuera un lazo. Se trata del término griego "amfiblestron", que es la "atarraya", empleada hasta el día de hoy en el mar de Galilea: "Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores." (Mateo 4:18).

El otro tipo de red era de arrastre, con pesos en el fondo y sostenida en la superficie mediante flotadores. Este es el caso que nos ocupa en esta parábola. El término griego para "red" en este texto es "sagéne", que corresponde al latín "seine" ("sagena" en la Vulgata latina), una red grande de arrastre, uno de cuyos extremos se ataba a la orilla, y el otro era arrastrado por la embarcación, distanciándose de la playa para trazar un círculo y volver hacia la orilla. Mediante esta técnica se lograba capturar una gran variedad de peces. En este sentido, la parábola de la Red coincide con la del Trigo y la Cizaña (vv.24-30). En ambos casos, los hijos de Dios y los hijos de las tinieblas están juntos en la Iglesia visible. Después vendrá la separación definitiva. Por la parábola de la Cizaña, sabemos que no debemos apartar a nadie antes de tiempo. El contexto parece ser de la comunidad cristiana establecida. Sin embargo, la que ahora nos ocupa parece hacer referencia más bien a la obra misionera. Ningún elemento diferencial, de raíz cultural, racial o cualesquiera, debe excluir a ningún hombre "pescado" por la red del Evangelio:

"Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis

sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa." (Gálatas 3:25-29).

La Ley de Dios –el ayo- abre nuestra conciencia y nos conduce, como los ayos –griego "paidagogos"- conducían a los niños de la mano a la escuela, a los pies de Jesucristo, donde ya no hay lugar para ninguna de las diferencias y exclusiones que se dan en el mundo.

Por el uso que hace Jesús de esta figura de la red, ésta adquiere el sentido del reino de Dios y el acceso de los hombres de todos los pueblos, y lenguas, y tribus y naciones a la salvación mesiánica:

"Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes. Y entrando en una de aquellas barcas, la cual era de Simón, le regó que la apartase de tierra un poco; y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía... Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.... Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres." (Lucas 5:1-6, 8, 10). (Ver también Juan 21:4-6).

Desde época muy temprana, los cristianos de lengua griega emplearon la figura del pez como emblema de la persona de Jesucristo. Con la voz griega "ijthus", "pez", formaron el acróstico "Iesus Jristós Theou Uíós Sotér", "Jesús Ungido Hijo de Dios Salvador".

TESOROS NUEVOS Y VIEJOS.

"Jesús les dijo: ¿Habéis entendido todas estas cosas? Ellos respondieron: Sí, Señor. Él les dijo: Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas." (Mateo 13:51-52).

El Evangelio –la Nueva Ley- exige un nuevo orden de escribas doctos, es decir, instruidos en el reino de Dios -en sus misterios,

sus principios y ordenanzas- del mismo modo que los escribas judíos lo estaban en las ordenanzas de la Torá.

Ahora bien, no debemos entenderse esto como una anulación de los mandamientos de la Ley de Dios, sino que, como dice nuestro Señor, el escriba docto en el reino de Dios saca no sólo cosas nuevas –quizá mejor sería decir "renovadas"- sino también cosas viejas. La figura que Jesús emplea es la de un padre de familia oriental, es decir, un jefe de clan –debemos descartar la imagen de la familia nuclear occidental- que conserva un patrimonio ancestral, acumulado en el curso de muchas generaciones, y que en un determinado momento, quizá ante una necesidad o emergencia, saca de él tanto cosas antiguas como otras recientemente adquiridas.

"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido." (Mateo 5:17-18).

Conviene aquí tener presente que "cumplir" es el griego "plerosai", cuyo significado es "llenar", "fecundar", "llevar algo hasta su plenitud", pero nunca puede entenderse como reducir algo hasta su finiquitad.

Vamos a hacer un poco de exégesis del significado de la Ley de Dios, la Torá, de una raíz hebrea que significa "señalar con el dedo el camino a seguir". Y comenzaremos considerando un interesante texto en el libro de los Proverbios, donde la Ley del Señor aparece como "Sabiduría":

"Con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo." (Proverbios 8:30).

La raíz para "ordenar" es aquí el hebreo "amón", voz que también significa "pedagogo", del griego "paidagogos", "ayo", "tutor"; literalmente, "aquel que lleva de la mano a un niño"; el "guía", y por extensión, curiosamente, el "plano del arquitecto", por cuanto la Ley de Dios es, según lo entendieron los antiguos sabios de Israel, la guía pedagógica, antes que aparato nomístico, que el Señor otorga a su pueblo como factor oculto y plano de construcción de la Creación. De ahí que el Talmud explique que por eso es que el texto de Génesis 1:1 nos dice "Bereshít", "En el principio" creó Dios..., expresión que puede también traducirse por "En un comienzo creó Dios..." y "Con un principio creó Dios.... Es decir, que la Torá es el principio, el comienzo, lo más importante, como dice el texto de Proverbios 8:22: "El Señor me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras." La Ley de Dios no es, pues, algo que surge en la

historia, sino que antecede a todo lo creado. Es plan, anhelo e idea previa de Dios. Su pre-existencia se manifiesta también en el hecho de que no figure enumerada entre los elementos creados. Por lo tanto, los antiguos sabios del pueblo hebreo llegaron a la conclusión de que el principio o instrumento fundacional de la sabiduría divina en la Creación fue la Torá:

"El Señor con sabiduría fundó la tierra; afirmó los cielos con inteligencia. Con su ciencia los abismos fueron divididos, y destilan rocío los cielos." Proverbios 3:19-20).

Jesús espera de sus escribas que sean capaces de sacar y enseñar el tesoro de las verdaderas enseñanzas de la Antigua Ley, vista y aplicada desde la óptica de Jesús de Nazaret, descartando todo el cúmulo de ordenanzas y aplicaciones de la Ley de factura humana, donde el sentido y propósito original estaban borrosos o perdidos. Esta distinción entre el sentido original de los mandamientos y preceptos, frente a la interpretación legalista, sesgada y corrupta que habían llegado a tener, fue el principal punto de conflicto entre Jesús y los fariseos y saduceos.

El escriba docto en el reino de Dios debe estar capacitado para impartir una lección adecuada ante cada situación: Pensará alto, sentirá hondo, y hablará claro.

LA OVEJA DESCARRIADA.

"Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos. Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido. ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarria una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado? Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquélla, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños." (Mateo 18:10-14). (Ver también Mateo 18:6-9; Lucas 15:3-7).

La Palestina del momento histórico que estudiamos era tierra muy apropiada para la cría del ganado lanar. Los rebaños eran, pues, muy numerosos. La oveja más común era la "ovis laticaudata", de cola ancha. De ahí la importancia de las ovejas y los carneros, su lana, su leche, su carne, sus cuernos, etc., tanto como sustento vital como en su sentido simbólico religioso para los sacrificios y ofrendas.

Una diferencia que hemos de tener en cuenta entre las ovejas en occidente y los rebaños en oriente es el hecho de que mientras

en esta parte del mundo no suele ser necesario que las ovejas beban agua, pues adquieren el líquido elemento al pastar, en oriente habían de ser abrevadas:

"Siguió luego Jacob su camino, y fue a la tierra de los orientales. Y miró, y vio un pozo en el campo; y he aquí tres rebaños de ovejas que yacían cerca de él, porque de aquel pozo abrevaban los ganados; y había una gran piedra sobre la boca del pozo. Y juntaban allí todos los rebaños; y revolvían la piedra de la boca del pozo, y abrevaban las ovejas, y volvían la piedra sobre la boca del pozo a su lugar." (Génesis 29:1-3).

"El Señor es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará." (Salmo 23:2).

Después de una breve digresión -vv.7-9-, Jesús manifiesta su inmenso amor hacia los más pequeños. Los niños y niñas cuentan con amigos ante el mismísimo trono de la Majestad en las alturas. Son los ángeles del servicio divino, privilegiados nada menos que con la contemplación del rostro del Padre Eterno. Sin embargo, no hemos de pensar sólo en niños, sino en todos los débiles y debilitados, pobres y empobrecidos, marginados e injusticiados, hacia quienes carnalmente tenemos la tendencia a despreciarlos, o cuanto menos a su infravaloración.

Respecto al versículo 11 -"Porque el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que se había perdido"- falta en los códigos Sinaítico y Vaticano. Sin embargo, concuerda perfectamente con la línea de pensamiento de la perícopa, además de actuar como frase transicional entre el los versículos 10 y 12.

En la versión que nos da Lucas, las noventa y nueve ovejas son dejadas "en el desierto", y la referencia va dirigida directamente a los publicanos y pecadores, quienes eran abiertamente despreciados por los fariseos y el alto clero de Jerusalem:

"Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los fariseos; y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído -a Jesús-? Los alguaciles respondieron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre! Entonces los fariseos les respondieron: ¿También vosotros habéis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes, o de los fariseos? Mas esta gente que no sabe la ley, maldita es." (Juan 7:45-49).

Las figuras de esta parábola nos hacen pensar en el texto del profeta Ezequiel:

"Vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza, y di a los pastores: Así ha dicho el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores a sus

rebaños? Coméis la grosura, y os vestís de la lana; la engordada degolláis, mas no apacentáis a las ovejas. No fortalecisteis las débiles, ni curasteis la enferma; no vendasteis la perniquebrada, ni volvisteis al redil la descarriada, ni buscasteis la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia. Y andan errantes por falta de pastor, y son presa de todas las fieras del campo, y se han dispersado. Anduvieron perdidas mis ovejas por todos los montes, y en todo collado alto; y en toda la faz de la tierra fueron esparcidas mis ovejas, y no hubo quien las buscara, ni quien preguntase por ellas... Porque así ha dicho el Señor: He aquí que yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré. Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad." (Ezequiel 34:1-6, 11-12). (Ver todo el capítulo 34).

"Yo soy el buen pastor –dice Jesús-; el buen pastor su vida da por las ovejas... Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen." (Juan 10:11, 14).

¡De qué manera tan discreta y elegante nos confronta el Señor Jesucristo con su Divinidad!

En el Evangelio según Lucas, le sigue a esta parábola la de la Moneda perdida y la del Hijo pródigo. En ellas se amplía el pensamiento de la obra del Señor mismo que viene a buscar a los perdidos. En el caso de Lucas, lo más maravilloso y sorprendente es ver que el Señor no sólo se presenta bajo las figuras nobles del pastor y del padre, sino bajo la figura insospechada de la mujer que tiene diez dracmas y pierde una. (Ver Lucas 15:8-10).

LOS DOS DEUDORES.

"Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El Señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus

consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas." (Mateo 18:23-35).

De nuevo nos topamos con una narración parabólica que sólo nos da Mateo. El escenario es una corte oriental. Los gobernadores locales, los cobradores de impuestos para las arcas reales, y demás oficiales son convocados para rendir cuentas ante un monarca despótico. Debemos despejar de nuestra mente todas las imágenes y demás conceptos de nuestro contexto cultural. Aquí no hay derecho que valga, sino la sola y única voluntad absoluta del rey, y los súbditos carecen de derechos constitucionales. Son llana y sencillamente "siervos" en el sentido de "esclavos".

La suma de dinero que se menciona en esta deuda –diez mil talentos- es más de lo que podemos suponer. El talento en el tiempo que nos ocupa tenía un valor de seis mil dracmas, es decir, 21 kilos con 600 gramos de plata. Hablamos, por tanto, de 216.000 kilogramos de plata, probablemente mucho más del montante de los impuestos de toda la Siria Palestina, nombre por el que el Imperio romano conocía a la tierra de Israel. Así lo explica Flavio Josefo en sus "Antigüedades Judías" (4.4.). De esto se desprende, lógicamente, que jamás podría aquel siervo devolver su inmensa deuda, aunque viviera cien años.

Ahora bien, aquí surge una pregunta: ¿Cómo había llegado a producirse semejante endeudamiento? ¿Había sido fruto de hurto de los impuestos? ¿Había sido el gasto superfluo en las extraordinarias extravagancias en que cayeron –y caen- muchos de los magnates del poder socio-político? No lo sabemos. Pero no menos sorprendente es la reacción del monarca ante la humillación del siervo y su persistencia –implícita en el uso del tiempo imperfecto- en la petición de paciencia. El rey no le concede un plazo para liquidar su deuda, sino que le otorga perdón, y perdón incondicional. El deudor sale libre. Pero no se encuentra con su consiervo por casualidad, sino que le busca. El griego "euren" puede implicar el hallazgo como resultado de la búsqueda. La deuda del consiervo ahora es infinitesimal en comparación con la que se le acaba de condonar. Sólo cien denarios, unos 400 gramos de plata. Un denario representaba aproximadamente el salario diario de un jornalero agrícola. (Ver Mateo 20:2). Es decir, el sueldo de un trimestre de un trabajador

del campo. Se trataba, pues, de una deuda no tan difícil de pagar, frente a la real imposibilidad de la cantidad recién perdonada.

Cuando Jesús expresa en el versículo 31 que los consiervos se sintieron muy entristecidos al ver lo que estaba ocurriendo, parece señalar la realidad de la aprobación o la desaprobación de la humanidad ante actos de justicia o injusticia flagrante, como si fuera un anticipo de la sentencia divina. La conclusión de parte de nuestro Señor es bien clara y contundente. No puede haber perdón para quienes no estén dispuestos a perdonar; o bien, dicho de otra manera, somos amados para que amemos con el amor con que el Señor nos ama; somos perdonados para perdonar con su perdón; y somos beneficiados por la gracia divina para que nosotros por nuestra parte seamos benefactores de otros:

"Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores... Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas." (Mateo 6:12, 14-15).

"Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas." (Marcos 11:25-26).

"Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo." (Efesios 4:31-32).

La doctrina de nuestro Señor Jesucristo respecto al perdón es prístina cual ninguna: No hay perdón para quien no perdona. Pero, por encima incluso de esta verdad, hay otra que resplandece infinitamente más: El acto del perdón incondicional del rey a su deudor, a pesar de la imposibilidad del pago de la deuda, es un reflejo de la gracia de Dios. Este ejemplo de gracia soberana es el que el siervo perdonado debería haber seguido y aplicado a su consiervo endeudado con él.

Pero hay algo más todavía en esta parábola de los dos deudores. Se trata de las palabras de Jesús al decirnos que hemos de "perdonar de todo corazón". Esa es la integridad que el Señor espera siempre de sus siervos, sea en la adoración o en cualesquiera otra obra se trate. Los fariseos tenían su sistema de normas y reglas aritméticas para el perdón. La ley rabínica enseñaba que nadie debía pedir perdón a su prójimo más de tres

veces. Pedro, al preguntarle a Jesús si debe perdonar hasta siete veces, está convencido de haber realizado un avance notable en la generosidad del perdón. Es probable que el apóstol se sintiera digno merecedor del reino de Dios al ampliar la cuantificación del perdón. Pero el tono de la pregunta muestra claramente que Pedro no ha entendido el espíritu del perdón que Jesús enseña. Entonces Jesús aplica la norma del amor perdonador, el que no hace cálculos ni escatima. La expresión "setenta veces siete" no hemos de entenderla como 490 veces, sino que se trata de un hebraísmo que significa sencillamente que no existen límites para el perdón.

"Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete." (Mateo 18:21-22).

LOS OBREROS DE LA VIÑA.

"Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a contratar obreros para su viña. Y habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza desocupados; y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Salió otra vez cerca de las horas sexta y novena, e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de la hora undécima, halló a otros que estaban desocupados; y les dijo: ¿Porqué estáis aquí todo el día desocupados? Le dijeron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo. Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Y al venir los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Al venir también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día. Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno? Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos." (Mateo 20:1-16).

Esta parábola tiene muchas posibles aplicaciones, pero el verdadero significado, al menos para los primeros oyentes,

hemos de buscarlo en su contexto, y en la pregunta a la que la parábola da respuesta. De lo que sí podemos estar seguros es de que los jornaleros son trabajadores en la obra de Dios. La viña es figura del mundo, donde debe crecer y desarrollarse la vid, que es símbolo del reino de Dios.

De nuevo Jesús toma una figura del entorno habitual. La vid desempeñaba un papel muy importante en la economía de la Palestina de la época. De la pluma de Isaías nos llega una descripción de la minuciosa labor que requería el cultivo de la vid, y que, en este caso, el Señor aplica a su cuidado por Israel:

"Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres." (Isaías 5:1-2).

En el Antiguo Testamento se compara en diversas ocasiones a Israel con la vid:

"Hiciste venir una vid de Egipto; echaste las naciones, y la plantaste. Limpiaste sitio delante de ella, e hiciste arraigar sus raíces, y llenó la tierra. Los montes fueron cubiertos de su sombra, y con sus sarmientos los cedros de Dios. Extendió sus vástagos hasta el mar, y hasta el río sus renuevos." (Salmo 80:8-11).

Las uvas naturales de la tierra de Israel son rojas, y maduran en el mes de Agosto. Ese es el entorno del relato. Son los días de la vendimia, y el dueño de la viña se acerca a la plaza del pueblo, donde esperan los hombres ser contratados para la labor.

Consideremos, pues, que el relato va dirigido solamente a los discípulos:

"En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?" (Mateo 18:1).

Entonces Jesús les pone el ejemplo de un niño (Mateo 18:2-5); después, el Señor les advierte del peligro de las caídas y los tropiezos. A continuación, el Maestro les cuenta las parábolas de la oveja perdida, cómo se debe perdonar al hermano, mediante la parábola de los dos deudores, y después de la inserción de los temas del divorcio, la bendición a los niños y la pregunta del joven rico, viene esta parábola de los obreros de la viña que estamos estudiando ahora. Hay, pues, una línea de pensamiento que podemos seguir de la manera siguiente: Después de haber aclarado que la primacía está en el servicio sencillo y humilde, que la grandeza está en el perdón amoroso, y que los ricos que confían en sus riquezas no pueden acceder al reino de los cielos (Mateo 19:16-30), los discípulos, mediante la labor de

"portavoz" que frecuentemente realiza Pedro, le recuerdan al Señor que ellos si creen ser merecedores de entrar en el reino por haber dejado cosas en aras de la obra:

"Entonces, respondiendo Pedro, le dijo: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos? Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros." (Mateo 19:27-30).

Es en este contexto en el que hemos de ubicar la parábola para su recta interpretación. Toda ella es parte de la respuesta del Señor, y continuación a la aclaración que el Señor hace en el versículo 30 respecto a los primeros y a los postreros.

Nadie de cuantos hayan dejado bienes, personales o materiales, por el nombre de Jesucristo, quedarán sin recompensa. Ahora bien, la recompensa es trasladada al "día de la regeneración", es decir, al día de la "renovación de todas las cosas", cuando el Señor restablezca y restaure su creación perfecta, lo que equivale a decir "el adviento del reino de Dios en toda su plenitud". Entonces, no antes, los discípulos recibirán su retribución, y lo que es más, aquellos designados a tal efecto ocuparán posiciones de alto rango y mayor responsabilidad en la administración del reino de Dios, juzgando a las tribus del Señor. Pero todos los obreros recibirán el mismo salario, sin distinción alguna respecto a la salvación, al acceso al reino.

Jesús emplea esta parábola para ayudar a los discípulos a apartar su vista de las recompensas y galardones, de manera que se ocupen de la labor y confíen plenamente en el Padre, quien es bueno y misericordioso para con todos. De esa manera, lograrán también evitar la caída en la envidia y la murmuración al ver que también son tratados con inmensa misericordia otros que a sus ojos pueden parecer menos merecedores. Jesús, en definitiva, está resaltando la gracia de Dios por encima del sistema retributivo de clara inspiración farisaico-legalista que respiran los discípulos.

La disputa respecto a la justicia en la paga se encuentra en el versículo 12, y el fundamento de la queja se basa en el hecho de que quienes fueron contratados a primera hora tuvieron que bregar durante toda la jornada y soportar todo el calor del día. Se trata de un argumento que a primera vista puede parecer

justo, pero, como tantas otras cosas, sólo Dios puede saber y mostrar lo que realmente es justo y verdadero. Las palabras de protesta o queja de los obreros que murmuraron contienen un pequeño eco de la pregunta del joven rico:

"Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?" (Mateo 19:16).

La alusión al tiempo empleado en la jornada de trabajo parece apuntar al cálculo de la obra meritoria que el hombre cree realizar en la obra de Dios, frente a la gracia –favor inmerecido– con que Dios nos trata. También hay algo que se destaca en esta parábola, y es que el tiempo no es el único elemento a valorar en el servicio. Sólo el Señor conoce los corazones, nuestra disposición y actitudes. Nuestros juicios, por muy ecuanímes que sean, siempre tienen mucho de aparente. Pero el Señor conoce en profundidad, pues sólo Él puede escudriñar lo profundo de nuestros corazones.

El apelativo "amigo" con que el Señor de la viña se dirige a uno de los obreros murmuradores (v. 13), es un término que no se emplea necesariamente con la idea de amistad en sentido literal, sino que es una voz usada por un amo para dirigirse a un siervo, como un término de saludo al encontrarse, e incluso como expresión de reproche o rechazo. Así lo hallamos en la parábola de la fiesta de bodas:

"Y entró el rey para ver a los convidados, vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció." (Mateo 22: 11-12).

En el v. 15, donde el dueño de la viña le pregunta al jornalero "si le tiene envidia por ser bueno", la expresión en el griego original es "oftalmós sou ponerós", es decir, si tiene "mal ojo". Tiene el sentido de "envidia", pero arrastra la ancestral idea oriental del "mal de ojo", en el que la mirada maléfica o envidiosa puede producir un efecto negativo sobre las personas.

La parábola concluye con la misma afirmación con que el Señor termina el episodio con el joven rico. (Ver Mateo 19:30).

En el curso de la historia de la Iglesia se han dado muchas interpretaciones a las diferentes horas a las que fueron contratados los obreros. Una de las más extendidas es la que apunta a Pablo, Bernabé y Timoteo como ejemplos de los obreros que fueron contratados a una hora más tardía que a la que fueron llamados los Doce. Otros intuyeron ver en esta parábola los diferentes momentos o períodos históricos en que las naciones paganas fueron admitidas dentro de la Iglesia de Cristo.

LOS DOS HIJOS.

"Pero, ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las ramera le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle." (Mateo 21:28-32).

Sólo Mateo nos da esta parábola. A partir de ella, todas las demás, al igual que los discursos del Maestro, dejan de hacer referencia al reino de Dios y al futuro escatológico de la Iglesia, para centrarse en cuestiones de mayor inmediatez. El tema es claramente el rechazo de Jesús como Mesías y la impenitencia de los religiosos de la nación hebrea en general y del sistema farisaico en particular. En medio de un pueblo ignorante y empobrecido, los fariseos destacaban como dirigentes del pensamiento, se distanciaban del común de los mortales, y resplandecían en su aspecto exterior, pero Jesús les descubre y expone ante los ojos del pueblo y de los discípulos:

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad." (Mateo 23:25-28). (Ver también el capítulo 23 completo).

Evidentemente, los dos hijos de la parábola representan a los pecadores que habían rechazado hacer la voluntad de Dios, pero después se arrepintieron ante la predicación de Juan el Bautista, frente a los fariseos, que tenían la "justicia que es por la ley", profesaban buscar y querer la voluntad de Dios para sus vidas, pero no la hacían. Recordemos aquí la explicación que el apóstol Pablo nos da desde su propia experiencia vital:

"Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en

cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irrepreensible. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte." (Filipenses 3:4-10).

Ahora bien, la parábola habla de dos hijos. Ambos hijos, y ambos amados y cuidados por Dios. La lectura atenta de la parábola, como en tantos otros casos, es una prueba de que el Señor no rechaza a sus hijos. El rechazo no está en el corazón de Dios, sino en los impenitentes que persisten en la dureza de sus corazones. (Ver también Lucas 15:11-32). La puerta no está cerrada para los escribas y fariseos. Jesús sólo afirma que no van delante de los tenidos por pecadores, pero que se arrepienten y emprenden su camino hacia la plenitud del reino de Dios. Ellos, a pesar de su reputación de religiosos y justos a los ojos de los hombres, tendrán que ir detrás de aquellos a quienes despreciaron y rechazaron. No debemos olvidar que el apóstol Pablo era fariseo, e incluso Nicodemo, igualmente uno de ellos, y por un tiempo discípulo secreto de Jesús. No olvidemos que Jesús también tuvo durante su ministerio terreno algunos amigos entre los fariseos. Aquí conviene tener en cuenta que la propia palabra "fariseo" viene de una raíz que significa "comer aparte", es decir, no compartir la mesa con los indignos. Pero varias fariseos abrieron sus hogares y sus mesas para el bendito Maestro:

"Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, (Jesús) se sentó a la mesa." (Lucas 7:36).

"Luego que hubo hablado, le rogó un fariseo (a Jesús) que comiese con él; y entrando Jesús en la casa, se sentó a la mesa." (Lucas 11:37).

Es muy evidente el énfasis que Lucas hace para mostrar que los hogares y las mesas de familias fariseas se abrieron a Jesús. Pero quizá el texto más claro para mostrarnos que nuestro Señor tenía amigos entre los fariseos sea el siguiente:

"Aquel mismo día llegaron unos fariseos, diciéndole (a Jesús): Sal, y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar." (Lucas 13:31).

La expresión "camino de justicia", que Jesús aplica al ministerio de Juan el Bautista (v. 32) es un frecuente hebraísmo que se repite en diversos lugares de las Escrituras, bajo las variantes de "camino de Dios", "camino de salvación", e incluso el discipulado de Jesucristo se designa como "el Camino". La expresión alude a un sistema de vida:

"Y le enviaron los discípulos de ellos (de los fariseos) con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres." (Mateo 22:16).

"Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación." (Hechos 16:17).

"Pero endureciéndose algunos y no creyendo, maldiciendo el Camino delante de la multitud, se apartó Pablo de ellos y separó a los discípulos, discutiendo cada día en la escuela de uno llamado Tiranno... Hubo por aquel tiempo un disturbio no pequeño acerca del Camino." (Hechos 19:9, 23).

LOS LABRADORES MALVADOS.

"Oíd otra parábola: Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos. Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon. Envío de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera. Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Le dijeron: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo. Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará. Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron que hablaba de ellos. Pero al buscar cómo echarle mano, temían al pueblo,

porque éste le tenía por profeta." (Mateo 21:33-46). (Ver también Marcos 12:1-12; Lucas 20:9-19).

Probablemente no haya otra parábola que se interprete a sí misma con más claridad que ésta. Israel en general, y sus dirigentes en particular, se representan por una imagen que los profetas escriturales habían venido usando desde hacía muchos siglos: "La viña del Señor". En los días de los Macabeos se acuñaron monedas en Israel con la figura de la viña como símbolo emblemático de la nación hebrea. No queda ninguna duda de que el "padre de familia" que la plantó, y cercó para su protección, y cavó un lagar para recoger su fruto, es una figura del Padre Eterno. Queda evidenciado que la creación de Israel fue obra del Señor y para su gloria. Los "labradores" son los escribas y fariseos, los sacerdotes y demás dirigentes del pueblo. Los "siervos" son claramente los profetas, y el "hijo" es Jesucristo.

Hay grandes similitudes y paralelismos entre esta parábola y la que hallamos en el Antiguo Testamento, en forma de canción, de la pluma de Isaías:

"Ahora cantaré por mi amado el cantar de su amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres. Ahora, pues, vecinos de Jerusalem y varones de Judá, juzgad ahora entre mí y mi viña. ¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres? Os mostraré, pues, ahora lo que haré yo a mi viña: Le quitaré su vallado, y será consumida; aportillaré su cerca, y será hollada. Haré que quede desierta; no será podada ni cavada, y crecerán el cardo y los espinos; y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella. Ciertamente la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya. Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor." (Isaías 5:1-7).

Hallamos también claras alusiones al respecto en los profetas Jeremías y Ezequiel, así como en los Salmos:

"Te planté de vid escogida, simiente verdadera toda ella; ¿cómo, pues, te me has vuelto sarmiento de vid extraña? (Jeremías 2:21).

"Vino a mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, ¿qué es la madera de la vid más que cualquier otra madera? ¿Qué es el sarmiento entre los árboles del bosque? ¿Tomarán de ella madera para hacer alguna obra? ¿Tomarán de ella una estaca para colgar en ella alguna cosa? He aquí, es puesta en el fuego

para ser consumida; sus dos extremos consumió el fuego, y la parte de en medio se quemó; ¿servirá para obra alguna? He aquí que cuando estaba entera no servía para obra alguna; ¿cuánto menos después que el fuego la hubiere consumido, y fuere quemada? ¿Servirá más para obra alguna? Por tanto, así ha dicho el Señor: Como la Madera de la vid entre los árboles del bosque, la cual di al fuego para que la consumiese, así haré a los moradores de Jerusalem. Y pondré mi rostro contra ellos; aunque del fuego se escaparon, fuego los consumirá; y sabréis que yo soy el Señor, cuando pusiere mi rostro contra ellos. Y convertiré la tierra en asolamiento, por cuanto cometieron prevaricación, dice el Señor." (Ezequiel 15:1-8).

"Hiciste venir una vid de Egipto; echaste las naciones, y la plantaste. Limpiaste sitio delante de ella, e hiciste arraigar sus raíces, y llenó la tierra. Los montes fueron cubiertos de su sombra, y con sus sarmientos los cedros de Dios. Extendió sus vástagos hasta el mar, y hasta el río sus renuevos. ¿Por qué aportillaste sus vallados, y la vendimian todos los que pasan por el camino? La destroza el puerco montés, y la bestia del campo la devora. Oh Dios de los ejércitos, vuelve ahora; mira desde el cielo, y considera, y visita este viña, la planta que plantó tu diestra, y el renuevo que para ti afirmaste. Quemada a fuego está, asolada; perezcan por la reprensión de tu rostro." (Salmo 80:8-16).

Todas las figuras de la parábola están cargadas de rico simbolismo. El "cercado" de la viña es una evidente alusión a la separación de Israel respecto de las demás naciones, tanto en el sentido espiritual y político, como incluso en el físico, por la propia posición de la tierra de Palestina.

El "lagar" o "prensa de uva" solía cavarse en la piedra caliza, abundante en gran parte del terreno de Israel. La prensa de uvas del momento histórico que estudiamos estaba formada por dos receptáculos, el superior, que era la prensa, y el inferior, destinado a coger el mosto. Mateo emplea el término griego "lenós" para referirse al lagar, entiéndase la "prensa" propiamente dicha, que equivale al hebreo "gat". Marcos usa el vocablo "upolénion", que corresponde al recipiente inferior o cuba en el que se guardaba el mosto, y que equivale al hebreo "yekabim".

La voz "gat" aparece en el Segundo Libro de los Reyes como nombre toponímico compuesto:

"Él (Jeroboam II) restauró los límites de Israel desde la entrada de Hamat hasta el mar del Arabá, conforme a la palabra del Señor Dios de Israel, la cual él había hablado por su siervo

Jonás, hijo de Amitai, profeta que fue de Gat-hefer." (2º Reyes 14:25).

El hebreo es "Gat-HaJefer", compuesto formado por "gat", "prensa de uvas", y "jefer", que es la forma verbal para "pisar las uvas".

En el libro de Joel hallamos las dos palabras para designar el conjunto del lagar:

"Echad la hoz, porque la mies está ya madura. Venid, descendad, porque el lagar ("gat") está lleno, rebosan las cubas ("yekabim"); porque mucha es la maldad de ellos." (Joel 3:13).

La "torre" que el padre de familia construyó sería una de las habituales atalayas de madera que solían edificarse para observar y vigilar desde ella las propiedades.

Pocos estudiosos bíblicos logran ver un significado simbólico en las figuras del lagar y de la torre. Sin embargo, cuando consideramos, como hemos hecho, la coincidencia entre el significado de "gat", "prensa de vino, y el nombre del lugar de nacimiento de Jonás, podemos encontrar una relación interesante entre ambas. El "lagar" es donde la uvas son prensadas. Del mismo modo, el profeta ha de ser "prensado" antes de poder dar testimonio del Señor y ser de bendición para otros. Una lectura próxima al texto hebreo del libro de Jonás nos sirve para barruntar, para intuir, este mensaje: El nombre de su padre es "Amitai", de la raíz "emet", que es "verdad"; "Nínive" viene de la raíz "nun", que significa "pez": y "aní", el pronombre personal "yo", contiene tres de las cuatro consonantes con que se forma el sustantivo "oníá", "barco". El "yo" nacionalista de Jonás -del hebreo "Iona", "paloma"- huye de la presencia de Dios, de su raíz de verdad, para no hacer su voluntad, y tiene que "hundirse" ese "yo" en el "pez" del Mesías para volver a su punto de partida y comprender que los designios misteriosos de Dios no son sólo para los hijos hebreos de Abraham, sino también para los gentiles. Así es como Jonás llega a obedecer al Señor, sin que llegue plenamente a entender que Dios no ama menos a Israel por amar también a sus enemigos. (Ver también Génesis 9:17; 12:3; 18:18; 49:10; Salmo 72:8-11).

Los labradores son arrendatarios. La costumbre era que los arrendatarios pagasen al dueño-arrendador una porción de los beneficios de la tierra, habitualmente la mitad. En el momento histórico que nos ocupa, los romanos restauraban las tierras obtenidas en su conquista a condición de recibir un porcentaje del producto logrado.

La expresión del v. 33 -"y se fue lejos"- indica que se alejó de su casa. Probablemente Jesús alude aquí al tiempo de silencio de

Dios que nosotros conocemos como el período intertestamentario.

El afán de los labradores por apoderarse de la tierra pone de manifiesto la pretendida supremacía de los dirigentes de Israel sobre la voluntad divina, de sus criterios y tradiciones elevadas a la dignidad de mandamientos divinos. Respecto a su violencia, veamos otras palabras de Jesús en este mismo Evangelio:

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no habiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar.

De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación." (Mateo 23:29-36).

La expresión del v.39: "Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron" es una clarísima profecía de la crucifixión de nuestro Señor, fuera de la ciudad de Jerusalem –extramuros- en el estercolero del Gólgota.

En el v. 41 se produce una interrupción de parte de los principales sacerdotes del templo y de los ancianos del pueblo. Jesús ha logrado despertar entre ellos un gran interés mediante la serie de relatos y parábolas que está compartiendo con ellos. Su reacción da la impresión que están entendiendo la parábola como si fuera el relato de un suceso real: "A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo."

El juicio que emite Jesús comienza con una pregunta respecto a las Sagradas Escrituras: "¿Nunca leísteis en las Escrituras...?" (v.42 y sig.). El Maestro bendito inicia entonces la recitación de un fragmento del Salmo 118, asociado en la tradición de Israel con la conversión de los incrédulos, y parte integrante del Hallel que se entona en la fiesta de Pésaj (Pascua), aunque la tradición sitúa la composición de este himno con ocasión de la celebración de la primera fiesta de Sucot (Tabernáculos) después de la

terminación de la construcción del Segundo Templo. (Ver Nehemías 8:13-18).

La "piedra cabeza del ángulo" es sin duda una alusión a la figura del Señor, originalmente una piedra fundacional o angular empleada en la edificación del templo. La "piedra angular" es la que conecta dos muros en su parte superior y sostiene todo el peso de la techumbre. Jesús está aclarando aquí quién es el cimiento del verdadero templo de Dios entre los hombres:

"Contra los pastores se ha encendido mi enojo, y castigaré a los jefes; pero el Señor de los ejércitos visitará su rebaño, la casa de Judá, y los pondrá como su caballo de honor en la guerra. De él saldrá la piedra angular." (Zacarías 10:3-4).

"Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo." (1ª Corintios 3:11).

Pero la piedra angular es también en alguna medida la propia nación de Israel, rechazada y después liberada de la cautividad para ser restaurada conforme a los designios del Altísimo. Pero Jesús aplica también esta figura hermosa a la Iglesia, formada tanto por judíos como por gentiles, y que ha de vivir igualmente este proceso inevitable del rechazo y la restauración. Estas interpretaciones o aplicaciones de la Escritura no sólo no son inconsistentes, sino que aportan más y más luz sobre el texto. Vamos a verlo:

"Por tanto, el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure." (Isaías 28:16).

"Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó." (Daniel 2:34).

"Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados. Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros

que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia." (1ª Pedro 2:4-10).

De la fe en Cristo, la piedra, depende la salvación. Al apoyarse en sus propias obras meritorias, en lugar de la fe, significa su caída en la "piedra de tropiezo" que representa Cristo Jesús para todos los hombres:

"¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: He aquí pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de caída; y el que creyere en él, no será avergonzado." (Romanos 9:30-33).

"Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo." (Hechos 4:11).

"Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu." (Efesios 2:19-22).

En esta parábola, como en la de los dos hijos, Jesús compara muy desfavorablemente a los altos dignatarios de la religión organizada con los publicanos y las rameras. El reino les será quitado, y entregado a un pueblo dispuesto a dar frutos de justicia. Este pronunciamiento del Señor hizo que el alto clero saduceo y los fariseos, a pesar de sus grandes diferencias doctrinales y sociales, pactaran con el propósito de destruir a Jesús.

Concluye el relato de la parábola en el v. 46 explicando que los principales sacerdotes y los fariseos no hicieron arrestar a Jesús por temor al pueblo. Se aproximaba la celebración de la fiesta de la Pascua, cuando no era costumbre emprender acciones hostiles. Además, el pueblo, beneficiario de los milagros del Señor, se hubiera amotinado al ver que Jesús era prendido. El único camino abierto para su destrucción tenía que ser la traición desde dentro del círculo de sus íntimos.

Conviene aquí tener presente que el hecho de que los dirigentes judíos no fueran dignos de su posición en los planes de Dios, no significa que el Señor haya rechazado a su pueblo Israel. El argumento más claro al respecto lo hallamos en el propio

corazón del Nuevo Testamento, y más concretamente en el capítulo 11 de la Carta a los Romanos, que deberíamos siempre estudiar en paralelo con los capítulos 42 y 53 del libro de Isaías, con toda su carga de argumentos proféticos, empíricos y teológicos. Vamos a considerar los diversos argumentos bíblicos al respecto. Primeramente, veamos el argumento pactual o aliancista:

"Digo, pues: ¿He desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció." (Romanos 11:1-2).

En segundo lugar, consideremos los argumentos profético-teológicos que hallamos tanto en los profetas del Antiguo Testamento como en el Nuevo:

"Así ha dicho el Señor, que da el sol para luz del día, las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche, que parte el mar, y braman sus ondas; el Señor de los ejércitos es u nombre: Si faltaren estas leyes delante de mí, dice el Señor, también la descendencia de Israel faltará para no ser nación delante de mí eternamente. Así ha dicho el Señor: Si los cielos arriba se pueden medir, y explorarse abajo los fundamentos de la tierra, también yo desearé toda la descendencia de Israel por todo lo que hicieron, dice el Señor." (Jeremías 32:35-37).

"Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos." (Isaías 53:3). Dios sabía que esto ocurriría, y el rechazo de Israel hacia el Mesías fue parte del plan del Señor para la salvación de los gentiles:

"A éste -Jesús- entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole." (Hechos 2:23).

"Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera." (Hechos 4:27-28).

"Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos... Por tanto, no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles." (Romanos 11: 11, 25).

En tercer lugar, el argumento histórico tiene su fundamento en los textos paulinos referentes al "remanente fiel":

"Señor –dice Elías– a tus profetas han dado muerte, y tus altares han derribado; y sólo yo he quedado, y procuran matarme. Pero ¿qué le dice la divina respuesta? Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal. Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia." (Romanos 11:3-5).

Después, en cuarto lugar, tenemos también el argumento de los orígenes del pueblo de Israel:

"Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas." (Romanos 11:16).

A continuación, en quinto lugar, el apóstol Pablo introduce el sorprendente argumento botánico:

"Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe quem no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbecas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado. Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar. Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más estos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo? (Romanos 11:17-24).

El argumento puramente profético se nos da, en sexto lugar, en los versículos siguientes:

"Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: quem ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados." (Romanos 11: 25-27).

En este sentido debemos tener presentes las palabras de José en su bendición a Efraín y a Manasés:

"También él vendrá a ser un pueblo, y será también engrandecido; pero su hermano menor será más grande que él, y su descendencia formará multitud de naciones –hebreo "melo goyim", es decir, "multitud de gentiles"- Y los bendijo aquel día, diciendo: En ti bendecirá Israel, diciendo: Hágate Dios como a Efraín y como a Manasés. Y puso a Efraín antes de Manasés." (48:19-20). (Ver también Génesis 35:11; Ezequiel 37:15 y sig.).

"Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalem, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito." (Zacarías 12:10).

¿Quién es, pues, el Israel de Romanos 11:26? ? Evidentemente, se trata del mismo Israel del versículo 25, parcialmente cegado.

Israel es propiedad y herencia de Dios. Su endurecimiento es parcial. Por consiguiente, una teología substitucionalista o reemplazadora de Israel por la Iglesia no nos parece acorde con la enseñanza general de las Sagradas Escrituras. (Ver Deuteronomio 27:9; 7:6-11; 14: 2, 21; 26: 18-19; 28:9; 4:20; 9:26-29; Éxodo 19:5; Josué 2:17; 1º Reyes 8:51; Salmo 28:9; 78:62-71; 94:5-14; 106:4-40; 135:4; Isaías 47:6; Joel 3:2; Miqueas 7:14.).

Dios no escogió a Israel por méritos o valores extraordinarios, sino con el amor absolutamente gratuito del Señor que quiere servirse de un pueblo pobre y oprimido –apenas unas tribus inconexas de esclavos bajo el poder faraónico- para revelar su ser y su proyecto en relación con todos los seres humanos, de todos los pueblos, tribus y lenguas:

"Porque tú eres pueblo santo para el Señor tu Dios; el Señor tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido el Señor y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto el Señor os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado el Señor con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que el Señor tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago. Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas." (Deuteronomio 7:6-11).

Por eso escoge Dios a Israel, como respuesta al don que acaba de recibir, que configure su vida en conformidad con las leyes

dadas, pues éstas son las que posibilitan el reinado de Dios sobre la tierra; es decir, la creación de un pueblo en el que no haya pobreza ni riqueza diferenciadores, porque todos han aprendido a tratarse como hermanos y a compartir lo que poseen. En este sentido, las leyes del año sabático y jubilar, así como la explicación del sentido de la santificación del tiempo, son fundamentales para entender el alcance del amor de Dios por Israel, el sentido de su historia, y el papel que está llamado a desempeñar en los planes de Dios.:

"Cada siete años se hará remisión... para que así no haya en medio de ti mendigo; porque el Señor te bendecirá con abundancia en la tierra que el Señor tu Dios te da por heredad para que la tomes en posesión." (Deuteronomio 15:1, 4). (Ver 15:1-18).

"Guardarás el día de reposo para santificarlo, como el Señor tu Dios te ha mandado. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo al Señor tu Dios; ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que descanse tu siervo y tu sierva como tú. Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual el Señor tu Dios te ha mandado que guarde el día de reposo." (Deuteronomio 5:12-15). (Ver también Isaías 1:14-20).

Evidentemente, los "labradores malvados" no son el pueblo de Israel sino aquel alto clero del templo de Jerusalem, vendido, junto con los saduceos y la nobleza laica opresora, al poder romano imperialista. En este sentido suele pasar inadvertido un dato que nos da el evangelista Lucas respecto a la actitud del pueblo ante la crucifixión de nuestro Señor, y que altamente esclarecedor:

"Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo. Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho." (Lucas 23:47-48). Sin discusión alguna: Dios amará siempre a su pueblo:

"Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios." (Romanos 11:28-29).

LA FIESTA DE BODAS.

"Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de

bodas a su hijo; y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas. Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron. Al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; mas los que fueron convidados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis. Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados. Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos." (Mateo 22:1-14).

Esta parábola del Maestro se asemeja mucho a la de la gran cena, registrada en el Evangelio según Lucas 14:16-24. Sin embargo, su contexto no es el mismo. También hallamos algunos detalles distintos. Vamos a recordarla:

"Entonces Jesús le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses. Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses. Y otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir. Vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de familia, dijo a su siervo: Vé pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos. Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar. Dijo el señor al siervo: Vé por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa. Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena." (Lucas 14:16-24).

Volviendo a la parábola de Mateo, podemos estudiarla realizando una división del texto en dos porciones. La primera, vv. 1 al 7, podemos ver al siervo como figura de Juan el Bautista y los primeros discípulos de nuestro Señor Jesucristo. La fiesta es el reino de Dios. Los convidados que rehusan asistir a la fiesta de

bodas son las autoridades religiosas judías. La venganza descrita se cumplió literalmente en el año 70 de nuestra era, cuando Jerusalem fue destruida por las tropas romanas al mando del general Tito. La segunda porción podemos entenderla como referida a la predicación del Evangelio a los gentiles. Al igual que en la parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13:24-30) y en la de la red (Mateo 13:47-50), buenos y malos crecen juntos hasta el día de la separación final.

El contexto de la parábola es inequívocamente oriental. Esta era la forma de extender una invitación en la antigüedad que nos ocupa. Y, naturalmente, que un siervo despreciara la invitación a la celebración de las bodas significaba una ofensa de una gravedad más allá de toda posible descripción en los términos de nuestra cultura. Sólo podemos asemejar dicho desprecio a un delito de deslealtad y rebelión.

La salida de los siervos del rey a los "camino", o más literalmente, a los "cruces de caminos", es una clara referencia al anuncio del Evangelio a todas las gentes del mundo, comenzando por la labor misionera de Pablo, Bernabé, Silas, y otros de los primeros proclamadores de la Buena Nueva, que salieron cruzando las fronteras de Palestina para llegar hasta los grandes centros de Antioquía, Corinto y Roma, hasta alcanzar toda la cuenca mediterránea.

La figura de las bodas es muy abundante en las Sagradas Escrituras. Los sabios antiguos de Israel vieron el Cantar de los Cantares como el himno dialogado de las bodas de Israel con el Mesías, desde la salida de Egipto hasta la manifestación del Redentor en el Gran Día de Dios.

Como acción simbólica de profundidad terrible, Dios le pide al profeta Oseas que se case con una ramera, para que le represente y viva en su propia carne lo que el Señor siente por su pueblo, a quien ve como una mujer degenerada por la prostitución. Conviene aquí tener presente que el momento histórico es la época en que los cultos cananeos de la fecundidad, y su prostitución sagrada habían penetrado en la tierra de Israel, llegando incluso al mismísimo templo de Jerusalem, hasta que esta degeneración fue erradicada en los días del rey Josías:

"El principio de la palabra del Señor por medio de Oseas. Dijo el Señor a Oseas: Vé, tómate una mujer fornicaria, e hijos de fornicación; porque la tierra fornicia apartándose del Señor." (Oseas 1:2).

"Además derribó los lugares de prostitución idolátrica que estaban en la casa del Señor, en los cuales tejían las mujeres tiendas para Asera." (2º Reyes 23:7). ("Asera" es la diosa

cananea "Ashirtu", cuyo nombre nos llega en dos formas plurales: "Asherim", masculina; y "Asherot", femenina). (Ver Éxodo 34:11-17; Jueces 6:25, 28; 1º Reyes 16:29-34).

Desde el mismísimo principio del ministerio público de nuestro Señor, según el Evangelio de Juan, hace acto de presencia este simbolismo de las nupcias. En ese contexto realiza el Señor el principio de sus señales. (Juan 2:1-11). Agustín de Hipona interpretó este acontecimiento de las bodas en Caná de Galilea como el símbolo por excelencia de las nupcias de Cristo con su Iglesia, y siguiendo su método de análisis alegórico de las Escrituras, vio en las seis tinajas de agua que el Señor convertiría en vino, el desarrollo de los seis períodos en que él dividía la historia del Antiguo Testamento. La Sagrada Escritura concluye precisamente con esta figura de las bodas del Cordero:

"Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios." (Apocalipsis 19:7-9).

La alusión al convidado que no estaba vestido adecuadamente es de gran interés. No cabe duda que este atuendo festivo es figura de la justicia del Señor. La simbología del vestido siempre apunta hacia el reflejo exterior de la realidad interior del hombre. De ahí que el cambio de vestidura, como el cambio de nombre, sean signos de un cambio profundo en la vida de la persona. Recordemos la manera en que el Señor "viste" a Adam y Eva después de verlos en la desnudez de su pecado, y todo el sentido de amor, dignidad y recuerdo que aplica el Señor al atuendo de sus hijos:

"Y el Señor Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió." (Génesis 3:21).

"Y el Señor habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles que se hagan franjas en los bordes de sus vestidos, por sus generaciones; y pongan en cada franja de los bordes un cordón de azul. Y os servirá de franja, para que cuando lo veáis os acordéis de todos los mandamientos del Señor, para ponerlos por obra; y no miréis en pos de vuestro corazón y de vuestros ojos, en pos de los cuales os prostituyáis. Para que os acordéis, y hagáis todos mis mandamientos, y seáis santos a vuestro Dios." (Números 15:37-40).

"Partiendo él -Elías- de allí, halló a Eliseo hijo de Safat, que araba con doce yuntas delante de sí, y él tenía la última. Y

pasando Elías por delante de él, echó sobre él su manto." (1^o Reyes 19:19).

El vestido del Señor puede tener el significado de las virtudes que el Señor tiene para sus hijos:

"Me vestía de justicia, y ella me cubría; como manto y diadema era mi rectitud." (Job 29:14).

Y las vestimentas de fiesta y alegría, de salvación y de victoria, son claras figuras de la esperanza del reino mesiánico:

"En gran manera me gozaré en el Señor, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas. Porque como la tierra produce su renuevo, y como el huerto hace brotar su semilla, así el Señor hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones." (Isaías 61:10-11).

En la transfiguración, la vestidura de nuestro Señor se vuelve resplandeciente como la luz:

"Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz." (Mateo 17:1-2).

Pero en otro sentido, el vestido puede significar el juicio de Dios sobre los pecadores impenitentes:

"Pues de justicia se vistió como de una coraza, con yelmo de salvación en la cabeza; tomó ropas de venganza por vestidura, y se cubrió de celo como de manto." (Isaías 59:17).

Al ser interrogado respecto a su falta, el hombre no vestido para la boda enmudece. No hay excusa para no gozar del revestimiento de la justicia del Mesías. Cuando somos invitados por el Señor, somos dotados del ropaje propicio:

"Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos." (Gálatas 3:26-27).

"No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno." (Colosenses 3: 9-10).

Este hombre desprovisto de la vestidura de gala es una figura de quienes desprecian la justicia del Señor. El revestimiento de la justicia del Mesías es el cumplimiento de la promesa antigua:

"Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto

eterno, os haga aptos en toda buena obra para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén." (Hebreos 13:20-21).

"Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará." (1ª Tesalonicenses 5:23-24).

"Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad." (Filipenses 2:13).

La expresión "las tinieblas de afuera" vuelve a repetirse, como en Mateo 8:12; 25:30; y Lucas 13:28.

En esta parábola vemos de nuevo que en la unión del Señor con su Iglesia, no son los judíos ortodoxos, los religiosos tenidos por justos a los ojos de los demás, quienes se sientan en torno a la mesa del banquete, sino aquellos que habitualmente son despreciados por su marginación social y religiosa:

"Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento." (Mateo 9:12-13).

En las escenas de apoteosis final en Apocalipsis vuelve a aparecer la figura del vestido:

"Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles." (Apocalipsis 3:4-5).

"Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero." (Apocalipsis 7:9-10).

Esta multitud son los fieles que han revestido su mortalidad con inmortalidad:

"Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestidos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne." (Romanos 13:13-14). "Porque es

necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y que esto mortal se vista de inmortalidad." (1ª Corintios 15:53).

"En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad." (Efesios 4:22-24).

Este simbolismo de la vestidura entró en la Iglesia naciente en la forma del abandono de las ropas viejas con que vestían los fieles, al cubrirse con túnicas blancas con las que bajaban a las aguas del bautismo, confesando a Jesucristo como su único y suficiente Señor y Salvador personal.

LA HIGUERA.

"E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro. De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas. De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Pero el día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre." (Mateo 24:29-39). (Ver también Marcos 13:24-37; Lucas 21: 25-36; 17:25-36; 12:41-48).

Esta parábola de la higuera se encuentra insertada dentro del amplio texto de los capítulos 24 y 25 de Mateo, en los que se entremezclan dos predicciones que debemos separar para poder estudiarlas adecuadamente. No podemos, pues, estudiar la parábola propiamente dicha sin considerar primeramente este contexto en el que se halla inmersa. Jesús no nos deja duda en cuanto a la realidad de una tribulación grande inmediatamente antes de su Segunda Venida. (Ver Mateo 24).

El capítulo 24 comienza con el gran discurso de Jesús, y continúa hasta el final del capítulo 25. Hallamos la profecía de la caída de Jerusalem, y la profecía escatológica del fin de este mundo. No es fácil decidir donde establecer la frontera entre ambas predicciones. La división que adoptamos aquí es la que hemos recibido de los padres de la Iglesia –Crisóstomo y Jerónimo- y que ha sido seguida por la inmensa mayoría de los exégetas e intérpretes de la cristiandad.

El discurso comienza estando Jesús sentado en el monte de los Olivos (v.3):

"Y estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?"

La vista debía de ser magnífica. La belleza del templo, remodelado y embellecido por Herodes, debía de ser impresionante, con sus enormes piedras y dorados pináculos. Entonces Jesús anuncia que de todo aquello no quedaría piedra sobre piedra. Y así sería muy poco después. Hasta el día de hoy se conservan muchos hermosos templos de la antigüedad, así como ruinas monumentales en lugares emblemáticos, tales como Luxor, en Egipto, o Roma o Atenas. Pero del inmenso conjunto del templo de Jerusalem no queda un solo vestigio. Fue totalmente calcinado por el fuego, aunque el general Tito hizo todo lo posible por evitar su destrucción. Algunos confunden el muro occidental, conocido erróneamente fuera de los círculos judíos como "muro de los lamentos", con una parte del templo propiamente dicho. Sin embargo, este trozo de muro nunca formó parte del edificio del templo, sino que se trata de una sección de la muralla de la ciudad, probablemente la parte más próxima al lugar santísimo.

La pregunta de los discípulos es compuesta y apunta hacia los acontecimientos más próximos y hacia los más distantes en el tiempo. Respecto a la pregunta por la "venida" del Señor (v. 3), el término griego específico que hallamos aquí es "parousía", cuyo significado es "manifestación", "presencia". Los discípulos no enfatizan el hecho de la "venida" como fin de una ausencia, sino como la manifestación de la gloria de Jesús como Señor y Cristo, es decir, como Mesías. La respuesta de Jesús apunta hacia una primera señal: (vv. 4-5): "Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán." La manifestación engañosa de muchos que pretenderán ser el Cristo, es decir, de muchos supuestos "ungidos". Esta señal comenzó muy pronto en su cumplimiento:

"Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo." (1ª Juan 2:18).

La segunda señal serán las guerras y los rumores de guerras: (v. 6): "Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin." Naturalmente, el primer punto en este desarrollo sería la propia guerra de los judíos contra Roma y la caída de Jerusalem y el fin temporal de la nación hebrea. Filón de Alejandría y Flavio Josefo describen el estado de las cosas en Judea hasta llegar a la destrucción de Jerusalem, así como las matanzas de judíos perpetradas, no sólo en la tierra de Israel, sino en lugares tan distantes como Cesarea, Alejandría, Babilonia y Siria, dondequiera hubiera una colonia judía.

La tercera señal es el levantamiento de nación contra nación, y reino contra reino, con las subsiguientes pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares (v.7): "Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares." Este primer conjunto de signos será el principio de dolores (v.8): "Y todo esto será principio de dolores." El término empleado aquí para "dolores" es "odínon", plural de "odín", y corresponde específicamente al "dolor de parto" (Ver Marcos 13:8; Hechos 2:24; 1ª Tesalonicenses 5:3), lo que indica que estas señales serán precedentes del nacimiento de un nuevo orden mundial, de un nuevo "eón". Este es el sentido de "fin del mundo". No se trata de una destrucción completa, como popularmente se suele interpretar, sino de la renovación de todas las cosas. Naturalmente, estos "dolores" señalan los momentos de persecución de la cristiandad en el curso de los siglos. El historiador Tácito describe el período inmediato después del sacrificio de nuestro Señor como una época de calamidades y desórdenes impresionantes: "Opus adgredior opimum casibus, atrox praeliis, discors seditionibus, ipsa etiam pace saevum." ("Historia" I. 2.).

El "tropiezo de muchos", al que alude el Señor en el versículo 10, apunta hacia la pérdida de la esperanza cristiana, y como resultado, el enfriamiento de la unidad y del amor de los fieles:

"Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo." (Mateo 24:12). (Ver también Mateo 10:22).

En Lucas 21:19, la referencia no es a la "perseverancia hasta el fin" sino el hebraísmo "con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas". Esto concuerda con las palabras de Pablo en Romanos:

"Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado. (Romanos 5:3-5).

Aquí conviene tener presente que el original griego dice "agápe ton pollon", lo que sería oportuno matizar como "el amor de los muchos", no "de muchos", de lo que hemos de deducir que la referencia es a la "mayoría"

"Agápe" es originalmente el amor a la familia, el afecto a los de la misma sangre. Sólo después se espiritualizaría en el contexto cristiano de los años siguientes. La correspondencia latina es "cáritas", de donde se desarrolló la voz "caridad", la cual llegó a perder completamente su sentido original. (Ver 1ª Corintios 13). Sin embargo, en el uso que Jesús hace del término, se trata del cariño entrañable entre los redimidos por la sangre de Cristo, lo que produce entre ellos una unidad incomparable. En este caso, el uso del vocablo es claramente profético.

Los "falsos profetas" del v. 11 son una referencia inmediata, y también tiene un alcance escatológico: "Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos." Los historiadores de la época registran el hecho de los muchos falsos profetas empleados por los zelotes para mantener al pueblo en un estado de excitación y crispación místico-patriótica ante la promesa de que el Mesías-Libertador haría un inmediato acto de presencia para dirigir a las tropas hebreas y expulsar para siempre al invasor romano, restableciendo el reino teocrático. Esta "borrachera" apocalíptica llevaría a muchos judíos a la muerte a manos de las tropas romanas.

Las instrucciones del Señor Jesús respecto a los que habitaban en Judea, al ver la abominación en el lugar santo –clara referencia al templo- advirtiéndoles que huyeran a los montes (vv.15 y sig.), fueron seguidas al pie de la letra por muchos discípulos del Señor, y así salvaron sus vidas. El dato histórico nos llega de la pluma de Eusebio, en su "Historia Eclesiástica" (III. 5), donde nos relata que muchos fieles se refugiaron en Pella, en Perea, durante el sangriento sitio de Jerusalem. La advertencia de "no bajar de la azotea a la casa para tomar algo" (v.17), es una forma de decir que la huida deberían hacerla de azotea a azotea, de tejado a tejado, sin pasar por las calles, una técnica de escapar que dio buenos resultados.

En los versículos 18 al 20 hallamos la referencia a que quien esté trabajando en el campo no vuelva a casa a por la capa: "Y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. Mas ¡ay

de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo." El término griego es "imátia", y corresponde a la prenda exterior, no la túnica ceñida que el trabajador vestía para la faena.

Las advertencias sobre las mujeres "encinta", el "invierno" y el "Shabat" están muy relacionadas: La preñez y la lactancia significarían dificultades añadidas; el invierno implica que los días serían fríos, y particularmente las noches, cuando los fugitivos tendrían probablemente que dormir a la intemperie, además del peligro, especialmente en la oscuridad, al cruzar los arroyos en su época de crecida. Respecto al "día de reposo", esto vendría a sumar dificultades debido a los posibles escrúpulos de los hermanos. Tengamos en cuenta que en este momento histórico que nos ocupa podemos tener absoluta seguridad de que los judeo-cristianos o mesiánicos seguían observando el reposo sabático, además de la conmemoración de la resurrección del Señor en el primer día de la semana, lo que significaba que tendrían ciertas reticencias a recorrer más distancia de la acostumbrada en el Shabat. Todo esto implicaría grandes impedimentos y obstáculos en la huida. Y Jesús les advierte al respecto.

En el versículo 14 hallamos la profecía sobre la predicación del Evangelio en todo el mundo: "Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque de cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre." (Mateo 10:23).

Esta persecución profetizada por el Señor tiene un alcance más amplio que los acontecimientos históricos inmediatos. Parece ir más allá de la misión encomendada a los apóstoles. (Ver Colosenses 1:5-6). Ahora bien, la referencia a la venida del Hijo del Hombre apunta a la destrucción de Jerusalem, por cuanto aquel acontecimiento fue, en verdad, el juicio del Señor sobre la nación impenitente. Es en ese sentido en el que el Señor manifiesta que no se habrá predicado el Evangelio en todas las ciudades de Israel antes de la venida del Cristo. No hace referencia, pues, ni a la venida del Señor en la bendita persona del Espíritu Santo con poder, ni a la Segunda Venida con poder y gran gloria al final de los tiempos. Evidentemente, todas estas palabras apuntan a un futuro mucho más distante.

En el versículo 15 hallamos la referencia a la "abominación desoladora".: "Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda)..." ¿De qué se trata? Es un acto sacrílego que produce desolación, pero no podemos asegurar qué es. Algunos estudiosos se inclinan por pensar que se trata de una referencia

a los ejércitos romanos invasores, como un anticipo de una invasión o sitio de Jerusalem en los tiempos finales. No podemos evitar el recuerdo de varios textos del profeta Daniel:

"Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador." (Daniel 9:27).

"Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora." (Daniel 11:31).

"Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días." (Daniel 12:11).

Conviene aquí recordar también lo que aconteció en el año 40 d.C., cuando Cayo, mejor conocido como Calígula, ordenó que se erigiera una estatua suya en el templo de Jerusalem. Envío a Petronio a la tierra de Judea para que se encargara de erigir estatuas suyas en diversos lugares prominentes. La locuras de este monstruo llegaron a un nivel inimaginable: Exigió ser tratado como si fuera un dios, y que se le llamara tal. Mandó decapitar a los más nobles de sus compatriotas y extendió su régimen de terror hasta los rincones más apartados del imperio, como es el caso de la tierra de Israel. Al igual que los demás pueblos sometidos al imperio romano, los judíos podían continuar con su religión nacional, siempre que también rindieron culto al emperador. La "abominación desoladora", que en el pasado había sido la imagen de Zeus, bajo el dominio de Antíoco Epifanes IV, ahora tomaba una nueva forma en la persona divinizada del cesar romano. Sin embargo, la muerte del emperador libró a los hebreos de aquella amenaza idolátrica, según nos relata Filón de Alejandría. ("Legatio ad Caium").

En el versículo 21 Jesús habla de la "gran tribulación": "Porque habrá entonces gran tribulación." De nuevo se superponen los acontecimientos inmediatos con los escatológicos. Aquella tribulación hemos de considerarla figura de la venidera. El sitio de Jerusalem fue una de las luchas más sangrientas de la historia de la humanidad. Tito confió a Flavio Josefo la misión de conferenciar con los judíos sitiados en Jerusalem con el objetivo de convencerles para que depusieran su actitud y se rindieran al ejército romano. Él mismo nos relata cómo se dirigió a los sitiados, desde fuera de la muralla, invitándoles a recapacitar ante la realidad de la fuerza irresistible de las huestes imperiales. ("Guerras de los Judíos", V, 361-365). En una de sus arengas, Josefo fue alcanzado por una piedra que le golpeó en la

cabeza produciéndole una seria herida, e incluso la pérdida del conocimiento. Los judíos trataron de capturarlo, pero las tropas romanas se les anticiparon.

La caída de Jerusalem alcanzó niveles horribles de violencia y crueldad. Los registros históricos hablan de ríos de sangre que corrían por las calles y cubrían los atrios del templo. Muchos centenares de judíos fueron crucificados. Otros muchos de los habitantes de la ciudad perecieron por hambre. Y la urbe cayó el día 10 de Agosto del año 70 de nuestra era. Un millón cien mil judíos perecieron en el asalto. Cien mil sobrevivientes fueron vendidos como esclavos por los romanos. La nación judía dejó de existir en un día. Aquel desastre fue, verdaderamente, el fin de un eón. El general Tito exclamó "Dios ha estado de nuestra parte en esta guerra". (Flavio Josefo, "Guerra de los Judíos", VI. 9. I.).

Vamos a tratar de organizar los textos de manera que podamos distinguir las dos predicciones de nuestro Maestro, y de ese modo discriminar lo referente a los acontecimientos inmediatos de lo correspondiente a lo días del fin:

La Caída de Jerusalem (año 70 d.C.): (Mateo 24:5-22).	El Segundo Adviento: (¿?): (Mateo 24:23-31).
1.- Falsos Cristos y falsos profetas (5, 11).	1.- Falsos Cristos y falsos profetas (23, 24).
2.- Persecución y apostasía (9, 10, 12).	2.- Peligro incluso para los escogidos (24).
3.- Guerras, hambres y pestes (6, 7).	3.- Persecución y apostasía (9, 10)
4.- Gran tribulación (21)	4.- Oscurecimiento del sol y de la luna, caída de las estrellas y conmoción de las potencia de los cielos (29).
5.- La abominación desoladora (15).	5.- La señal del Hijo del Hombre (30).
6.- La huida de los discípulos (16-18).	6.- Salvación de los escogidos (31).

El versículo 24, y su anuncio de la labor de los "falsos Cristos" y los "falsos profetas", apunta a acontecimientos escatológicos.: "Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos." Se deduce de la comparación de sus efectos frente a los menos peligrosos que actuaron durante el sitio de Jerusalem. (Ver v. 11).

Las referencias al "desierto" y a los "aposentos" (v. 26) son bastante difíciles de interpretar: "Así que, si os dijeren: Mirad,

está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis." Por una parte, la palabra traducida en nuestra versión castellana por "aposentos" es un solo término griego, "tameíois", y su traducción literal sería "cámaras secretas". Muchos estudiosos han creído ver en la referencia al desierto la artimaña de los falsos "Cristos" y falsos "profetas" engañando a los hombres mediante una espiritualidad ascética, mientras que la alusión a las "cámaras secretas" pudiera señalar a escuelas o logias secretas, para unos pocos discípulos instruidos en ritos iniciáticos, con sabor a esoterismo. Sin embargo, este mismo término griego es el que hallamos en Mateo 6:6, donde Jesús lo emplea para referirse al lugar íntimo donde practicar nuestra oración. Algunos han creído ver en este sentido una figura simbólica de nuestro corazón.

La Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, el Adviento en poder y gran gloria, lo describe el propio Señor en los versículos 27 al 30 con unas figuras de brillo indescriptible: "Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre. Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas. E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria." Primeramente, como el relámpago (v. 27), imagen de lo repentino, rápido, fulgurante e incontrolable. Así será la manifestación gloriosa del Hijo del Hombre, visible instantáneamente en el rincón más recóndito de la tierra. De nuevo nos topamos con palabras difíciles de interpretar, como en el caso del "cuerpo muerto y las águilas". Algunos exégetas creen que esta expresión hace referencia a la percepción espiritual que permitirá discernir la manifestación de nuestro Señor, con una especie de sentido semejante al que le permite al águila conocer de la existencia de su presa a gran distancia. Por otro lado, la alusión al "cuerpo muerto" pudiera aplicarse al estado de corrupción de los dirigentes políticos y religiosos de Israel, mientras que las "águilas", muy probablemente, serían una figura de los estandartes romanos y sus "águilas imperiales", como instrumentos de juicio y castigo de parte del Señor. Después de la tribulación que precederá al Segundo Adviento de nuestro Señor, se producirán las señales cósmicas del oscurecimiento, caída y conmoción de los cuerpos estelares. Este lenguaje es claramente profético-apocalíptico e implica la perplejidad de una conmoción universal ya proclamada por los profetas Isaías y Ezequiel:

"Vienen de lejana tierra, de lo postrero de los cielos, el Señor y los instrumentos de su ira, para destruir toda la tierra. Aullad, porque cerca está el día del Señor; vendrá como asolamiento del Todopoderoso. Por tanto, toda mano se debilitará, y desfallecerá todo corazón de hombre, y se llenarán de terror; angustias y dolores se apoderarán de ellos; tendrán dolores como de mujer en parto; se asombrará cada cual al mirar a su compañero; sus rostros, rostros de llamas. He aquí el día del Señor viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores. Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor. Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes. Haré más precioso que el oro fino al varón, y más que el oro de Ofir al hombre. Porque haré estremecer los cielos, y la tierra se moverá de su lugar, en la indignación del Señor de los ejércitos, y en el día del ardor de su ira." (Isaías 13:5-13).

"Y cuando te haya extinguido, cubriré los cielos, y haré entenebreecer sus estrellas; el sol cubriré con nublado, y la luna no hará resplandecer su luz. Haré entenebreecer todos los astros brillantes del cielo por ti, y pondré tinieblas sobre tu tierra, dice el Señor. (Ezequiel 32:7-8).

El último signo, pues, antes de la manifestación de la señal del Hijo del Hombre en el cielo será la conmoción de las potencias de los cielos. Ahora bien, ¿qué es esta "señal del Hijo del Hombre"? No tenemos una respuesta. Hemos leído las ideas más variopintas al respecto, pero sólo se trata de conjeturas. Sin embargo, una cosa es evidente: Esta señal será perfectamente reconocida por los fieles de la tierra, quienes esperan la manifestación gloriosa del Señor Jesucristo:

"Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro." (Mateo 24:31).

"Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras. Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche.; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Mas

vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos de día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios." (1ª Tesalonicenses 4:16—5:6).

En el relato de las señales antes del fin y la venida del Hijo del Hombre, el evangelista Lucas nos da una frase de nuestro Señor que creemos es de gran interés para lo que venimos diciendo: "Acordaos de la mujer de Lot". (Lucas 17:32). Aunque sabemos muy poco acerca de la esposa de Lot, lo que conocemos es de una gran lección para nosotros. Primeramente, veamos lo que no sabemos: Ni su nombre, ni su nacionalidad, ni cuántos hijos tenía, ni si era religiosa o no. ¿Qué es, entonces, lo que conocemos? Pues que se casó con Lot, un hombre acaudalado que poseía abundantes ganados, rebaños, tiendas y pastores que trabajaban para él:

"También Lot, que andaba con Abram, tenía ovejas, vacas y tiendas. Y la tierra no era suficiente para que habitasen juntos, pues sus posesiones eran muchas, y no podían morar en un mismo lugar. Y hubo contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot; y el cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra." (Génesis 13:5-7).

Pero, como en tantas ocasiones ocurre, en vez de asociarse, y a pesar de todo lo que poseían, dejaron su tierra para trasladarse a un territorio nuevo, movidos solamente por el afán por el lucro. Entonces fue cuando Abram tomó una decisión sabia para evitar que los conflictos fueran en aumento, y en aras de la paz ofreció a Lot que escogiera la tierra que mejor le pareciera para extenderse por ella:

"¿No está toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda. Y alzó Lot sus ojos, y vio toda la llanura del Jordán, que toda ella era de riego, como el huerto del Señor, como la tierra de Egipto en la dirección de Zoar, antes que destruyese el Señor a Sodoma y a Gomorra. Entonces Lot escogió para sí toda la llanura del Jordán; y se fue Lot hacia el oriente, y se apartaron el uno del otro. Abram acampó en la tierra de Canaán, en tanto que Lot habitó en las ciudades de la llanura, y se fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma. Mas los hombres de Sodoma eran malos y pecadores contra el Señor en gran manera." (Génesis 13:9-13).

El afán por las riquezas no permitió a esta pareja contemplar nada más que los pastizales del valle del Jordán, sin percatarse que allí se encontraban abominables centros de pecado. Y poco a poco fueron extendiendo su territorio hasta llegar a Gomorra.

Ésta, junto con las otras ciudades federadas de la llanura, eran ricos centros comerciales. Probablemente Lot y su esposa no creyeron que el pecado de aquel entorno les afectaría; que podían levantar sus tiendas entre aquellos pecadores y comerciar con ellos sin que se vieran afectados por la maldad de la tierra. Pero no fue así. Ahora Lot tenía frente a él la difícil tarea de vivir con su familia entre gentes depravadas. Los problemas fueron en aumento, hasta un punto insospechado. Ahora Lot y su esposa eran más ricos que nunca antes, pero el pecado ya había hecho profunda herida en sus vidas. Como era de esperar, sus hijas se comprometieron y casaron con sodomitas:

"Entonces salió Lot y habló a sus yernos, los que habían de tomar sus hijas, y les dijo: Levantaos, salid de este lugar; porque el Señor va a destruir esta ciudad. Mas pareció a sus yernos como que se burlaba." (Génesis 19:14). Entonces vemos hacer acto de presencia a la gracia misericordiosa del Señor:

"Date prisa, escápate allá; porque nada podré hacer hasta que hayas llegado allí. Por eso fue llamado el nombre de la ciudad, Zoar (esto es, "Pequeña"). El sol salía sobre la tierra, cuando Lot llegó a Zoar. Entonces el Señor hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte del Señor desde los cielos; y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra." (Génesis 19:22-25).

La esposa de Lot escapó de Sodoma junto a su marido y sus dos hijas: "Y al rayar el alba, los ángeles daban prisa a Lot, diciendo: Levántate, toma tu mujer, y tus dos hijas que se hallan aquí, para que no perezcas en el castigo de la ciudad. Y deteniéndose él, los varones asieron de su mano, y de la mano de su mujer y de las manos de sus dos hijas, según la misericordia del Señor para con él; y lo sacaron y lo pusieron fuera de la ciudad." (Génesis 19:15-16).

Toda la familia fue instruida de parte del Señor sobre cómo salir de la ciudad, sin mirar hacia atrás:

"Y cuando los hubieron llevado fuera, dijeron: Escapa por tu vida; no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas." (Génesis 19:17).

Pero la mujer de Lot desobedeció. Miró hacia atrás, y el castigo del Señor le alcanzó de lleno:

"Entonces la mujer de Lot miró hacia atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal." (Génesis 19:26).

Por eso Jesús advirtió que nos acordásemos de la mujer de Lot, para que recordemos que Dios siempre retribuirá toda

desobediencia, sin excepción de personas. No pensemos que Dios pueda ser burlado:

"No os engaños; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna." (Gálatas 6:7-8). "¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!" (Hebreos 10:31).

"Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio; y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos; y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impíamente, y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados (porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos), sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio; y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío." (2ª Pedro 2:4-10).

El mismo resplandor que resucita a los muertos en Cristo y transforma a los fieles vivos, será el que producirá destrucción repentina a los impíos:

"Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo. Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en el Señor, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz... mas los impíos perecerán, y los enemigos del Señor como la grasa de los carneros serán consumidos; se disiparán como el humo... Porque los benditos de él heredarán la tierra; y los malditos de él serán destruidos... Porque el Señor ama la rectitud, y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados; mas la descendencia de los impíos será destruida. Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella... Espera en el Señor, y guarda su camino, y él te exaltará para heredar la tierra; cuando sean destruidos los pecadores, lo verás... Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde. Pero él pasó, y he aquí ya no estaba; lo busqué, y no fue hallado. Considera al íntegro, y mira al justo; porque hay un final dichoso para el hombre de paz. Mas los transgresores serán todos a una destruidos; la posteridad de

los impíos será extinguida." (Salmo 37:8-11, 20, 22, 28-29, 34-38).

"Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho el Señor de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada." (Malaquías 4:1-2).

El lenguaje de Jesús, de Pablo y de los profetas veterotestamentarios es rico en figuras muy sugerentes para los judíos, familiarizados con el uso de las trompetas para convocar al pueblo en las grandes festividades solemnes, como en el comienzo del año, entre otras, a veces mediante el "sofar" o cuerno de carnero, y en otras ocasiones mediante trompetas de plata:

"Y siete sacerdotes llevarán siete bocinas de cuernos de carnero delante del arca; y al séptimo día daréis siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes tocarán las bocinas." (Josué 6:4).

"El Señor habló a Moisés, diciendo: Hazte dos trompetas de plata; de obra de martillo las harás, las cuales te servirán para convocar la congregación, y para hacer mover los campamentos." (Números 10:1-2).

Después de todo el contexto que hemos tratado de exponer, ahora podemos aproximarnos a la parábola de la higuera, propiamente dicha. "De la higuera aprended la parábola" (v. 32) es una clara llamada a que aprendamos la lección que la higuera enseña. No hay duda de que esta parábola se refiere al sitio de Jerusalem y la ruina de la nación hebrea. El relato ilustra el pasaje comprendido entre los versículos 4 al 22 de este capítulo 24 de Mateo. El momento del año, inmediatamente antes de la Pascua, es la primavera, y las higueras han comenzado a dar sus brotes tiernos. Y del mismo modo que los botones de las higueras anuncian una abundante cosecha de higos, así también Jesucristo acaba de anunciar la caída sangrienta de la ciudad de Jerusalem. La secuencia de los acontecimientos históricos será tan cierta como la secuencia del proceso natural de la higuera. Y el primer elemento de este proceso es la señal de la proximidad del verano. Su cercanía se manifiesta en la ternura de sus ramas y el brote de las hojas. Es el momento en que coinciden el brote de los higos y la cosecha de la cebada. El "omer" o primeras gavillas de cebada eran ofrendadas en el día siguiente a la celebración de la Pascua. De igual modo, el sitio y caída de Jerusalem ocurriría durante la celebración de Pésaj.

La higuera –"ficus carica"- es un árbol característico de la cuenca mediterránea, pero sobre todo, es muy emblemático de la tierra de Israel, junto con el olivo y la vid. En la época histórica que nos ocupa formaba parte de la dieta básica, tanto el fruto fresco como seco en forma de "pan de higo":

"Entonces Abigail tomó luego doscientos panes, dos cueros de vino, cinco ovejas guisadas, cinco medidas de grano tostado, cien racimos de uvas pasas, y doscientos panes de higos secos, y lo cargó todo en asnos." (1º Samuel 25:18).

Su importancia se muestra en un texto donde su carencia simboliza escasez y pobreza:

"Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en el Señor, y me gozaré en el Dios de mi salvación." (Habacuc 3:17-18).

Siempre fue tendida la higuera por símbolo de fecundidad, particularmente desde su mención en la Torá:

"Y llegaron hasta el arroyo de Escol, y de allí cortaron un sarmiento con un racimo de uvas, el cual trajeron dos en un palo, y de las granadas y de los higos." (Números 13:23).

"Porque el Señor tu Dios te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales, que brotan en vegas y montes; tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados; tierra de olivos, de aceite y de miel; tierra en la cual no comerá el pan con escasez, ni te faltará nada en ella; tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyos montes sacarás cobre. Y comerás y te saciarás, y bendecirás al Señor tu Dios por la buena tierra que te habrá dado." (Deuteronomio 8:7-10).

En textos posteriores vemos la mención del fruto de la higuera como medio medicinal:

"Y dijo Isaías: Tomad masa de higos. Y tomándola, la pusieron sobre la llaga, y sanó." (2º Reyes 20:7).

"Y había dicho Isaías: Tomen masa de higos, y pónganla en la llaga, y sanará." (Isaías 38:21).

Además del higo verde, se recogían y vendían los higos silvestres que conocemos como "higos chumbos" o "higos pinchos", que nacen de por sí en las abundantes chumberas. El profeta Amós describe su trabajo secular en términos relacionados con esa labor:

"Entonces respondió Amós, y dijo a Amasías: No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y recojo higos

silvestres. Y el Señor me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Vé y profetiza a mi pueblo Israel." (Amós 7:14-15).

La higuera aparece también en los textos de juicio por infidelidad, como vemos en Jeremías:

"Pero así ha dicho el Señor acerca del rey que está sentado sobre el trono de David, y de todo el pueblo que mora en esta ciudad, de vuestros hermanos que no salieron con vosotros en cautiverio; así ha dicho el Señor de los ejércitos: He aquí envío yo contra ellos espada, hambre y pestilencia, y los pondré como los higos malos, que de tan malos no se pueden comer. Los perseguiré con espada, con hambre y con pestilencia, y los daré por escarnio a todos los reinos de la tierra, por maldición y por espanto, y por burla y por afrenta para todas las naciones entre las cuales los he arrojado; por cuanto no oyeron mis palabras, dice el Señor, que les envié por mis siervos los profetas, desde temprano y sin cesar; y no habéis escuchado, dice el Señor." (Jeremías 29:17-19).

"La vid está seca, y pereció la higuera; el granado también, la palmera y el manzano; todos los árboles del campo se secaron, por lo cual se extinguió el gozo de los hijos de los hombres." (Joel 1:12).

La higuera aparece también en el texto del profeta Miqueas para señalar el reinado futuro de paz y prosperidad del Mesías:

"Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a las naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra. Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca del Señor de los ejércitos lo ha hablado." (Miqueas 4:3-4).

Para Jesús, este proceso de la higuera es la señal de la cercanía de su Segundo Adviento, el tiempo de la gran cosecha de Dios. Aquí el Señor introduce una expresión digna de mucha consideración: "Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas. De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca." (vv. 33-34). Evidentemente, la generación que no pasará –entiéndase "por la muerte"– es la generación que verá "todas estas cosas", no sólo algunas de las señales de los tiempos, sino la totalidad de ellas.

"Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre... Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor." (v.36, 42). Si estas palabras de nuestro bendito Maestro –además de otras claras advertencias suyas– hubieran sido tenidas en cuenta, muchos jamás se

hubiesen atrevido a cometer el despropósito de hacer cálculos y dar fechas de la Segunda Venida de nuestro Señor. Aquí Jesús lleva su discurso del tipo o figura histórica –la caída de Jerusalem– a la realización escatológica –el Gran Día de Dios– para continuar tratando de los días finales en el capítulo 25. Pero antes hace referencia a los días de Noé, con claras connotaciones del elemento de sorpresa que acompañará al Segundo Adviento (vv. 37-51). Las figuras históricas de Sodoma y Gomorra apuntan al hecho de que en su caso fueron tomados por sorpresa todos cuantos no estaban velando. (Ver también Lucas 17:26-30).

LAS DIEZ VÍRGENES.

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas, y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir.” (Mateo 25:1-13).

Sólo Mateo nos relata esta parábola del Maestro. Es evidente que se trata de la condición en que se hallará la Iglesia del Señor poco antes de su Adviento. La parábola es una clarísima advertencia de la necesidad de velar. Jesús la dirige primeramente a los apóstoles, y después a los pastores del rebaño y todos los fieles, llamados a participar en la labor de ser centinelas de la Segunda Venida de Cristo Jesús. Los énfasis en este relato, al igual que en el de la higuera, son la certeza del acontecimiento anunciado y la inseguridad en cuanto al momento del mismo. Esos son los elementos que soportan la necesidad de ser vigilantes y velar.

El entramado de la parábola es de naturaleza nupcial. Por lo tanto, conocer el fondo histórico-cultural puede ayudarnos a contextualizar la parábola. Primeramente, debemos saber que la

costumbre judía consistía en que los amigos y algunos familiares del novio iban a la casa de los padres de la novia para conducirla entre voces de alegría y cantos nupciales hasta la casa del esposo, quien la esperaba a la puerta para juntos traspasar el umbral del nuevo hogar. El Señor Jesús introduce aquí un elemento discordante, característico de la pedagogía del Maestro, porque en este relato no son los amigos del novio quienes van a buscar a la novia para llevarla hasta el hogar conyugal, sino que es el propio novio en persona quien recorre todo el camino hasta llegar a la novia. Mientras tanto, ahí están las, doncellas, que no son la novia, sino damas de honor, y que esperan el regreso del, esposo con sus lámparas encendidas. Por el contexto judío, probablemente se trate de antorchas alimentadas con aceite, más bien que lámparas romanas de barro o metal.

¿Qué puede significar el aceite en esta parábola? Hemos escuchado toda suerte de interpretaciones: Nuestras vidas, el Espíritu Santo, la luz del Señor en las vidas de los fieles, la Iglesia, etc. Sin embargo, sabemos que la Iglesia está representada en la esposa, no en las vírgenes, que son doncellas, damas de honor o de compañía; las encargadas de preparar a la novia para la ceremonia nupcial, vistiéndola, perfumándola y acicalándola con joyas y ornamentos:

"Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalem, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido." (Apocalipsis 21:2).

Curiosamente, la esposa no aparece en la parábola de las vírgenes. Aquí lo que se nos presenta es un anticipo de una fiesta de bodas, en el que hay diez doncellas reunidas anticipando la llegada-regreso del novio. Sin embargo, sólo cinco de ellas pueden ir a su encuentro después de la medianoche. ¿Pudiera esto hablarnos de la mitad de la semana 70 de Daniel y su tribulación de oscuridad?

A la medianoche se oye un clamor y una llamada a salir a recibir al esposo. Entonces, cada una de las doncellas sale con su propia lámpara a recibir al esposo. El destino de cada una de ellas va a depender de la luz de cada lámpara. Pudiera ser que la figura de cada una de las lámparas o antorchas correspondiera al espíritu de cada virgen:

"Lámpara del Señor es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón." (Proverbios 20:27).

La consideración del sentido escatológico de la parábola nos invita a reflexionar y preguntarnos si está ardiendo la lámpara de nuestro espíritu con devoción para el Señor, o si sólo

resplandece para nosotros mismos y nuestros intereses materiales y egoístas.

Cuando cae la oscuridad –lo que nos habla del transcurrir del tiempo- la lámpara baja en la intensidad de su luz, pero todavía conserva algo de aceite en su depósito. Pero esa reserva no puede bastar para soportar las tinieblas de la medianoche. Ese es el momento en que las lámparas comienzan a parpadear y a apagarse. Nos preguntamos entonces por el suministro de aceite durante la medianoche, clara referencia a los tiempos de tribulación y de angustia, de temores y persecuciones. Aquí conviene recordar la promesa:

"Tú encenderás mi lámpara: El Señor mi Dios alumbrará mis tinieblas." (Salmo 18:28).

El Señor Jesús introduce otro elemento sorprendente en esta parábola. Uno esperaría que las imprudentes e insensatas se durmieran, mientras que las sabias o prudentes permanecerían despiertas. Sin embargo, el relato nos dice que "tardándose el esposo, cabecearon todas, y se durmieron." (v. 5). No oculta el Señor el hecho del tiempo transcurrido, bajo el término de "tardanza", ni tampoco que "todas", no sólo "algunas", fueron vencidas por el sopor del sueño.

Tengamos aquí presente que el término "prudentes", el griego "frónimoi", singular "frónimos", es el castellano "sensato", "prudente", "precavido" e "inteligente". (Ver también Mateo 7:24; 10:16; 24:45; Lucas 12:42; 16:8; Romanos 11:25; 12:16; 1ª Corintios 4:10; 10:15; 2ª Corintios 11:19). Son las cualidades del mayordomo. Por el contrario, la voz "insensatas" es el griego "morai", singular "morós", y corresponde al castellano "insensato", "loco", e "irreflexivo". (Ver también Mateo 5:22; 7:26; 23:17; 1ª Corintios 1: 25, 27; 3:18; 4:10; 2ª Timoteo 2:23; Tito 3:9).

Todas, igualmente, se despiertan al clamor de la llegada del esposo. Las cinco prudentes arreglaron sus lámparas y se dispusieron a salir al encuentro del Señor. Añadieron aceite fresco y despabilaron sus mechas, como solía hacerse, con una aguja, separando las hebras y retirando el carboncillo que se produce como resultado de una combustión falta de aceite. Recordemos el texto del Cantar de los Cantares:

"Yo dormía, pero mi corazón velaba. Es la voz de mi amado que llama: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía. Porque mi cabeza está llena de rocío, mis cabellos de las gotas de la noche." (Cantar de los Cantares 5:2). (Ver 5:1-8).

Este es el momento en que el Señor está ya a la puerta. Nos recuerda el mensaje del Cristo resucitado y glorificado a la iglesia de Laodicea:

"He aquí yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo." (Apocalipsis 3:20).

Es evidente que el Señor nos habla a través de esta parábola de la necesidad de estar siempre preparados. Las insensatas lo fueron, no por dormir, que todos necesitamos del elemento reparador del sueño, sino por no tomar aceite consigo. Por el contrario, las prudentes lo fueron por sí tomarlo. También esto nos recuerda la experiencia de los discípulos del círculo más íntimo de Jesús en el huerto de Getsemaní:

"Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro. Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo. Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú. Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad. Vino otra vez y los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras. Entonces vino a sus discípulos y les dijo: Dormid ya, y descansad. He aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos; ved, se acerca el que me entrega." (Mateo 26:36-46).

Conviene aquí que tengamos presente que "Getsemaní" significa "almazara", es decir, "prensa de aceite". Allí se enfrentó Jesús a las implicaciones horribles de la copa que habría de beber por nosotros, substituyéndonos por amor en el juicio de la cruz. En Getsemaní es donde se suministra el verdadero aceite de la unción del Espíritu Santo. Sin esta provisión, pronto se apagan nuestras lámparas al aproximarse las tinieblas de la medianoche.

Es en el testimonio de los sufrimientos de Cristo Jesús por nosotros donde fluye el aceite que ilumina las lámparas. Curiosamente, el "monte" es de los "Olivos", y "Getsemaní" es el "molino de aceite". No puede ser una mera coincidencia casual. Por eso es que Jesús se retira a Getsemaní, en el huerto de los Olivos, para orar, y lleva consigo a los apóstoles más íntimos para que estén con él en el molino del aceite, al pie de los olivos. Aquí es donde Jesús suda grandes gotas de sangre;

donde rinde su cuerpo, alma y voluntad al Padre. Aquí es donde Jesús saborea la inmensa amargura de la traición del amigo. Aquí es donde comienza la agonía de Jesús. Para el Señor no hace falta que llegue el momento de la crucifixión romana. Antes de que sus manos y pies sean atravesados por los clavos oxidados, otros clavos perforan su corazón tierno de Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Pero los discípulos son vencidos por el sueño, y algunos por la imprudencia y la insensatez de no hacer provisión de aceite. Por el relato de Lucas sabemos la causa del cansancio y sueño con que estaban cargados. No es el simple sueño cotidiano: "Cuando Jesús se levantó de la oración, y vino a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza." (Lucas 22:45).

Probablemente esto significa que aquellos discípulos iban comprendiendo lo que estaba sucediendo frente a ellos, así como lo que estaba a punto de acontecer. Así aprenderán a buscar la unción para brillar incluso en medio de las pruebas que a ellos, y a todos los redimidos de todos los tiempos, les acontecerán después de la ascensión.

Al igual que los discípulos en Getsemaní, las doncellas duermen mientras las luces de sus lámparas van bajando la intensidad de su luz. El depósito de las lámparas de las prudentes también experimenta el descenso de su nivel de aceite. Pero cuando se oye el clamor de la llegada del esposo, ellas rellenan los depósitos de sus lámparas y salen al encuentro del Señor, incluso en medio de las tinieblas de la medianoche. Recordemos que es a medianoche cuando pasa el ángel sobre Egipto llevando la muerte a los primogénitos de los egipcios, tanto a los hombres como a las bestias de los esclavizadores, y, al mismo tiempo, la liberación pascual a las tribus hebreas. (Ver Éxodo 12:29).

Aquel fue el momento de comer las hierbas amargas y el pan de premura, sin tiempo para leudar. A medianoche despierta Sansón para descubrirse en manos de Dalila. (Ver Jueces 16:3). A medianoche Booz, figura del bendito Redentor, descubre a Rut durmiendo a sus pies, refugiada del relente de la noche, de las tinieblas, a la sombra del "goél", del pariente que redime nuestra deuda, no para aprovecharse de nuestra debilidad, sino para regalarnos la libertad. A medianoche Pablo y Silas oran y cantan al Señor, cuando de repente se produce el terremoto, y se abren todas las puertas de la cárcel, así como las cadenas y grilletes de los presos. (Ver Hechos de los Apóstoles 16:25-26). A medianoche también se materializa la triste traición del Señor. (Ver Mateo 26: 47-56).

En medio de muchos círculos cristianos donde hoy la fe se asocia a la huida del dolor, de las pruebas y los sufrimientos, conviene que reflexionemos en torno a esta enseñanza: ¿A quién le

interesan las pruebas y dolores del Mesías en este día? ¿Estamos preparados para salir al encuentro del Señor o estamos adormecidos y sin aceite? ¿Buscamos la participación en los sufrimientos del Mesías o sólo nos interesa la búsqueda de placeres y éxitos temporales? ¿Nos congregamos en el nombre del Señor para gozar con la alabanza en el estilo musical que más nos agrada o lo hacemos fundamentalmente para buscar el rostro del Señor, conocer su voluntad y llenarnos del Espíritu Santo para poder hacerla? ¿Estamos en o cerca de la oscuridad de la medianoche? ¿Estamos en o próximos a la medianoche de la apostasía? Se acerca el momento más oscuro de la historia de la humanidad, y llegará el momento en que ya será demasiado tarde para prepararse para la llegada del esposo. ¿Qué va a suceder entonces? ¿Se apagarán nuestras luces o desfiliaremos con todos los redimidos de todos los tiempos –los que vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica- con nuestras antorchas encendidas?

La hora de la medianoche se acerca paso a paso. Y las vírgenes imprudentes se hallan sin aceite en el momento en que más lo precisan. Se acerca el esposo, y ellas no pueden salir a su encuentro sin lámparas encendidas en medio de las tinieblas. Ahora demuestran que son plenamente conscientes de la situación y de lo que entraña. Por eso saben lo que necesitan y a quién dirigirse: "Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan." (v.8). Sin embargo, hoy todavía es posible prepararse para la llegada del Señor a la medianoche. Hoy todavía es posible llenarnos del Santo Espíritu de Dios, del que se nos ha dado a beber a todos los redimidos al precio de la sangre de Jesucristo. Y todos cuantos anhelan la llegada del Señor lo harán. Los otros dirán que no es para hoy; que todas estas cosas eran para la época apostólica; que hoy son otros tiempos; que no es para tanto; que no deberíamos ser tan "asusta-niños", apocalípticos y catastrofistas; que no hay por qué asustar a nadie; que comamos y bebamos, porque mañana moriremos... Pero cuando se oiga el clamor de la llegada del esposo, ya será demasiado tarde.

Las doncellas imprudentes hicieron acopio de suficiente aceite como para esperar una inminente llegada del Señor, pero no suficiente como para una llegada más tardía, precedida por dificultades, persecuciones y demás pruebas. El aceite parece apuntar hacia el camino de perfección de la vida cristiana; camino de preparación para la venida del Señor.

Algo de suma importancia es el hecho de que las prudentes no pueden compartir su aceite con las insensatas. Nada puede

paliar o sustituir la falta de preparación en el último momento. No habrá posibilidad de efectuar transacciones de ningún tipo.

El acceso al reino de Dios en su plenitud aparece en las Sagradas Escrituras frecuentemente como la participación en una gran banquete nupcial o una gran cena:

"Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre." (Mateo 26:29).

Jesús concluye el relato con unas brevísimas palabras en las que explica todo el sentido de la parábola:

"Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir." (Mateo 25:13).

Curiosamente, el aceite es el hebreo "shemen"; el numeral "ocho" es "shmoná"; el cielo es "shemaín"; "shem" es el "nombre", incluso el apelativo respetuoso para evitar pronunciar el Tetragrama; y con estas mismas consonantes se forma el nombre "Mashíaj", "Ungido", que transliteramos como "Mesías". De ahí que "Yeshúa -latinizado "Iesus", y castellanizado "Jesús"- sea el Rey Ungido por el Cielo, portador del Nombre, e inaugurador del Octavo Día".

LOS TALENTOS.

"Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos. Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos. Pero el que había recibido uno fue y cavó en tierra, y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos. Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde

no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes." (Mateo 25:14-30).

Sólo la registra Mateo, aunque en Lucas 19:12-27 hallamos la parábola de las minas, que es muy similar. No obstante, podemos encontrar algunos puntos diferenciales entre ambas. Primeramente, las ocasiones en que el Señor relató ambas parábolas; y en segundo lugar, los distintos incidentes que hallamos en ellas:

"Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalem, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente. Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver. Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo. Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros. Aconteció que vuelto él, después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. Vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. Él le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. Vino otro, diciendo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y también a éste dijo: Tú también sé sobre cinco ciudades. Vino otro, diciendo: Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo; porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo, que tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste. Entonces él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo, que tomo lo que no puse, y que siego lo que no sembré; ¿por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al volver yo, lo hubiera recibido con los intereses? Y dijo a los que estaban presentes: Quitadle la mina, y dadla al que tiene la diez minas. Ellos le dijeron: Señor, tiene diez minas. Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedles acá, y decapitadlos delante de mí." (Lucas 19:11-27).

En ambas parábolas seguimos apreciando cierto gusto a la llamada a ser vigilantes y mantener la actitud de vela. También apreciamos el contexto comercial de una antigüedad en la que gran parte de las transacciones mercantiles eran realizadas por

esclavos, y a quienes frecuentemente se les encomendaban operaciones de gran importancia. Tengamos en cuenta que un talento eran sesenta minas, es decir, seis mil dracmas; es decir, 21 kilos 600 gramos de plata. Una auténtica fortuna para la época. Además, queda perfectamente claro en ambas que la vida de la Iglesia, su tiempo entre la ascensión y la parousía, no ha de ser un período de inactividad, sino de trabajo en la extensión del reino de Dios. No ha lugar para la espera inactiva, sino para el empleo de los talentos que como hijos de Dios hemos recibido todos y cada uno de nosotros.

La referencia al viaje que el hombre emprende a un país lejano nos recuerda la proto-parábola que hallamos en el Evangelio de Marcos:

"Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo. Es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase. Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y a lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad." (Marcos 13:33-37).

En la ausencia de Cristo en la carne, bajo la dirección de su Santo Espíritu, el Señor nos concede a cada uno de los suyos una porción de su autoridad en la forma de talentos, dones, ministerios y operaciones para obrar en su nombre. También podemos ver bajo la figura de los diversos talentos la amplia gama de labores que es posible realizar en la extensión del reino de Dios.

En la parábola de las minas, cada uno de los siervos recibió una, pero aquí, en la parábola de los talentos, uno recibió cinco, otro recibió dos, y un tercero recibió uno. Evidentemente, la diversidad de talentos muestra la realidad de diversidad de capacidades. A cada uno se le da conforme a su capacidad. Y el Señor espera mucho de aquellos a quienes mucho se les ha concedido, y mucho menos de los más sencillos o menos iluminados. El que se nos otorgue más nos hace más responsables delante de Dios y de nuestro prójimo. Curiosamente, esta parábola es la que ha hecho que la palabra "talento" haya pasado a muchas lenguas occidentales con el sentido de "habilidad" o "don" para realizar algo provechoso con maestría. Ahora bien, cuando llega el momento de la rendición de cuentas, el señor recibe conforme a dichos talentos, y el reconocimiento es el mismo para cada uno de los siervos, así como el acceso al gozo reservado para los fieles, por cuanto lo que se galardona es la actitud de consagración, fidelidad y prudencia en la obra.

"¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá." (Mateo 24:45).

La idea del viaje a tierras lejanas está muy relacionado con la práctica comercial de la antigüedad, pero este dato, acompañado de la mención del regreso del señor "después de mucho tiempo" (v. 19) claramente apunta a que la Segunda Venida de Cristo no sería tan inmediata como algunos de los discípulos anticipaban que fuese.

La maldad del siervo que no trabajó con lo que el señor le había encomendado fue su negligencia. El señor no esperaba de él que hiciera grandes cosas. Conocía su habilidad. Por eso es que le encomendó un solo talento. Pero aquel siervo bien podía haberlo invertido entregándolo a los banqueros. No precisaba para eso de ninguna capacidad ni inteligencia especiales, simplemente depositarlo en manos de quienes hubieran negociado con aquel talento. Aquí el término "banqueros" es el griego "trapezites", de la raíz "trapeza", que es "mesa", "banco", y de donde viene la forma latina "mensarii" y nuestra voz castellana "mesa", y literalmente significa "los que están a la mesa", por cuanto los banqueros y cambistas de dinero de la época que nos ocupa, al igual que los publicanos o cobradores de impuestos, empleaban mesas para su labor en las plazas de mercado de las ciudades y pueblos.

El siervo negligente sufrió pérdida, por cuanto siempre se pierden todos los talentos desaprovechados. No era digno de poseer lo que su señor le había encomendado. Por eso le fue dado a quien más se había esforzado en su trabajo. Los privilegios de servicio y autoridad en la plenitud del reino de Dios, todavía no revelados, serán en proporción a la consagración, fidelidad y prudencia de nuestro servicio en esta tierra como testigos de Jesucristo.

PALABRAS FINALES:

Hemos disfrutado escribiendo estos pensamientos y reflexiones en torno a las parábolas de nuestro Maestro.

También hemos aprendido muchas cosas, por cuanto siempre hallamos algo nuevo en su meditación.

Son como luces que el Señor enciende en medio de la oscuridad de este mundo de sombras y penumbras.

Si tú, amigo lector, hallas material en estas páginas para reflexionar en las palabras de Jesús, nosotros nos sentiremos más que recompensados.

Nuestra oración es que el Señor te dé gracia y sabiduría para que puedas vivir en la luz de las enseñanzas del bendito Maestro.

Pr. Joaquín Yebra.

15-01-2002.

PREFACIO:.....	2
INTRODUCCIÓN	4
LA SAL DE LA TIERRA	7
LA LUZ DEL MUNDO.....	10
LA LÁMPARA DEL CUERPO	13
LAS AVES, LOS LIRIOS Y LA HIERBA DEL CAMPO.	16
LA PUERTA ESTRECHA.	20
LOS DOS CIMIENTOS.....	23
REMIENDOS NUEVOS Y ODRES NUEVOS.	25
EL YUGO Y LA CARGA.	28
EL SEMBRADOR.....	31
EL TRIGO Y LA CIZAÑA DEL CAMPO.	35
LA SEMILLA DE MOSTAZA.....	38
LA LEVADURA.	39
EL TESORO ESCONDIDO.	41
LA PERLA DE GRAN PRECIO.....	43
LA RED.....	44
TESOROS NUEVOS Y VIEJOS.	46
LA OVEJA DESCARRIADA.....	48
LOS DOS DEUDORES.	50
LOS OBREROS DE LA VIÑA.	53
LOS DOS HIJOS.....	57
LOS LABRADORES MALVADOS.	59
LA FIESTA DE BODAS	69
LA HIGUERA.	75
LAS DIEZ VÍRGENES	90
LOS TALENTOS.....	96
PALABRAS FINALES:.....	99